

I CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Del 2 al 6 de marzo de 1919

Índice:

- Invitación al Partido Comunista Alemán (Spartakusbund) al I Congreso de la Internacional Comunista
- Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado
- Resolución respecto a las corrientes socialistas y la Conferencia de Berna
- Declaración de los participantes de la Conferencia de Zimmerwald al I Congreso de la Internacional Comunista
- Resolución sobre la creación de la Internacional Comunista
- Plataforma de la Internacional Comunista
- Tesis sobre la situación internacional y la política de la Entente
- Resolución sobre el terror blanco
- Manifiesto de la Internacional Comunista a los obreros del mundo

Invitación al Partido Comunista Alemán (Spartakusbund) al I Congreso de la Internacional Comunista

¡Queridos camaradas! Los partidos y organizaciones abajo firmantes consideran que la convocatoria del I Congreso de la nueva Internacional revolucionaria es una necesidad imperiosa. En el curso de la guerra y de la revolución se puso de manifiesto no sólo el fracaso total de los viejos partidos socialistas y socialdemócratas a la vez que el de la Segunda Internacional, no sólo la incapacidad de los elementos intermedios, de la vieja socialdemocracia (llamada “Centro”) para la acción revolucionaria efectiva sino que, actualmente, se esbozan ya los contornos de la verdadera Internacional revolucionaria. El movimiento ascendente extremadamente rápido de la revolución mundial que plantea constantemente nuevos problemas, el peligro de aniquilamiento de esta revolución por medio de la alianza de los estados capitalistas unidos contra la revolución bajo la bandera hipócrita de la “Sociedad de las Naciones”, las tentativas de los partidos socialtraidores de unirse y ayudar nuevamente a sus gobiernos y a sus burguesías a traicionar a la clase obrera luego de ser acordada una “amnistía” recíproca, finalmente la experiencia revolucionaria tan rica y ya adquirida y la internacionalización de todo el movimiento revolucionario, *todas esas circunstancias nos obligan a tomar la iniciativa de incluir en el orden del día de la discusión la cuestión de la convocatoria de un congreso internacional de los partidos proletarios revolucionarios.*

I. LOS OBJETIVOS Y LA TÁCTICA

El reconocimiento de los siguientes puntos, establecidos aquí como programa y elaborados sobre la base de los programas del Spartakusbund en Alemania y del Partido Comunista (bolchevique) en Rusia, debe, según nuestro criterio, servir de base a la nueva Internacional.

- 1.- El período actual es el de la descomposición y el hundimiento de todo el sistema capitalista mundial y será el del hundimiento de la civilización europea en general si no se destruye al capitalismo con sus contradicciones insolubles.
- 2.- La tarea del proletariado consiste en la actualidad en apoderarse del poder del Estado. La toma del poder del Estado de la burguesía y la organización de un nuevo aparato del poder proletario.
- 3.- El nuevo aparato del poder debe representar la dictadura de la clase obrera y, en determinados lugares, también la de los pequeños campesinos y obreros agrícolas, es decir que debe ser el instrumento de la subversión sistemática de la clase explotadora y el de su expropiación. No la falsa democracia burguesa (esa forma hipócrita de dominación de la oligarquía financiera) con su igualdad puramente formal, sino la democracia proletaria, con la posibilidad de realizar la liberación de las masas trabajadoras; no el parlamentarismo sino la autoadministración creada por las propias masas, con la participación real de esas masas en la administración del país y en la actividad de la construcción socialista, ese debe ser el modelo del Estado proletario. El poder de los consejos obreros y de las organizaciones obreras es su forma concreta.

4.- La dictadura del proletariado debe ser el incentivo de la expropiación inmediata del capital, de la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción y de la transformación de esta propiedad en propiedad popular.

La socialización (por socialización entendemos aquí la abolición de la propiedad privada que pasa a manos del Estado proletario y de la administración socialista de la clase obrera) de la gran industria y de los bancos, sus centros de organización; la confiscación de las tierras de los grandes propietarios terratenientes y la socialización de la producción agrícola capitalista; el monopolio estatal del comercio; la socialización de los grandes inmuebles en las ciudades y las grandes propiedades en el campo; la introducción de la administración obrera y la centralización de las funciones económicas en manos de organismos emanados de la dictadura proletaria, estos son los problemas esenciales en la actualidad.

5.- Para la seguridad de la revolución socialista, para su defensa contra enemigos interiores y exteriores, para la ayuda a las otras fracciones nacionales del proletariado en lucha, etc., es preciso proceder al desarme completo de la burguesía y de sus agentes, y el armamento general del proletariado.

6.- La situación mundial exige ahora el contacto más estrecho posible entre los diferentes sectores del proletariado revolucionario y la unión total de los países en los cuales la revolución socialista ha triunfado.

7.- El método fundamental de la lucha es la acción de masas del proletario, incluida la lucha abierta a mano armada contra el poder del Estado del capital.

II. RELACIONES CON LOS PARTIDOS “SOCIALISTAS”

8.- La Segunda Internacional se dividió en tres grupos principales: los socialpatriotas declarados que, durante toda la guerra imperialista de los años 1914-1918 sostuvieron a su propia burguesía y transformaron a la clase obrera en verdugo de la revolución internacional; el “centro”, cuyo dirigente teórico es actualmente Kautsky y que representa a una organización de elementos constantemente oscilantes, incapaces de seguir una línea directriz determinada y que actúan muchas veces como verdaderos traidores; finalmente, el ala izquierda revolucionaria.

9.- En lo que respecta a los socialpatriotas, que en todas partes y en los momentos críticos se oponen con las armas en la mano a la revolución proletaria, sólo es posible la lucha implacable. En lo que se refiere al “centro”, se impone la táctica del acercamiento de los elementos revolucionarios, la crítica despiadada y el desenmascaramiento de los jefes. En una cierta etapa del desarrollo, la separación organizativa de los militantes del centro es absolutamente necesaria.

10.- Por otra parte, es necesaria la alianza con esos elementos del movimiento revolucionario que, no habiendo pertenecido antes al partido socialista, se ubican ahora en su conjunto en el campo de la dictadura proletaria bajo la forma del poder soviético. Son, en primer lugar, los elementos sindicalistas del movimiento obrero.

11.- Finalmente, es necesario atraer a todos los grupos y organizaciones proletarias que, aunque no se han ubicado abiertamente en la corriente revolucionaria de izquierda, manifiestan sin embargo en su desarrollo una tendencia en esa dirección.

12.- Concretamente, proponemos que participen en el Congreso los representantes de los partidos, tendencias y grupos que se enumeran a continuación (los miembros con plenos derechos de la Tercera Internacional serán aquellos que aprueben totalmente sus resoluciones): Spartakusbund (Alemania); Partido Comunista (bolchevique) de Rusia; Partido Comunista de la Austria alemana; el de Hungría; el de Finlandia; Partido Comunista Obrero polaco; Partido Comunista de Estonia; el de Letonia; el de Lituania; el de Rusia Blanca; el de Ucrania; los elementos revolucionarios del Partido Socialdemócrata Checo; Partido Socialdemócrata Búlgaro; Partido Socialdemócrata Rumano; el ala izquierda del Partido Socialdemócrata Serbio; la izquierda del Partido Socialdemócrata Sueco; Partido Socialdemócrata Noruego; por Dinamarca, el grupo *Klassenkampen*; Partido Comunista Holandés; los elementos revolucionarios del Partido Obrero Belga; los grupos y organizaciones dentro del movimiento socialista y sindicalista francés que en su conjunto se solidarizan con Loriot; la izquierda socialdemócrata de Suiza; Partido Socialista Italiano; los elementos revolucionarios del Partido Socialista Obrero Español; los elementos de izquierda del Partido Socialista Portugués; los partidos socialistas británicos (ante todo la corriente representada por Mac Lean); IWW (Inglaterra); IW de Gran Bretaña; los elementos revolucionarios de las organizaciones obreras de Irlanda; los elementos revolucionarios de los Shop Stewards Committees (Gran Bretaña); SLP (EEUU); los elementos de izquierda del Partido Socialista de EEUU (la tendencia representada por Debs y la Liga de Propaganda Socialista); IWW de EEUU; IWW de Australia; Workers International Industrial Union (EEUU); los grupos socialistas de Tokio y de Yokohama (representados por el camarada Katayama); la Internacional Socialista de los Jóvenes (representada por el camarada Münzenberg).

III. EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACIÓN Y EL NOMBRE DEL PARTIDO

13.- La base de la Tercera Internacional está dada por el hecho que en diferentes partes de Europa ya se han formado grupos y organizaciones de camaradas de ideas ubicados en una plataforma común y que emplean en general los mismos métodos tácticos. Estos son, en primer lugar, los espartaquistas en Alemania y los partidos comunistas en muchos otros países.

14.- El Congreso debe publicar, de cara a una vinculación permanente y de una dirección metódica del movimiento, un órgano de lucha común, como centro de la Internacional Comunista, subordinando los intereses del movimiento de cada país a los intereses comunes de la revolución a escala internacional. Las formas concretas de la organización, de la representación, etc., serán elaboradas por el Congreso.

15.- El Congreso deberá adoptar el nombre de “I Congreso de la Internacional Comunista”, convirtiéndose los diferentes partidos en sus secciones. Teóricamente, Marx y Engels ya habían considerado errónea la denominación de “socialdemócrata”. El derrumbe vergonzoso de la Internacional socialdemócrata exige, aquí también, una separación. Finalmente, el núcleo fundamental del gran movimiento ya está formado por una serie de partidos que han adoptado ese nombre.

Considerando lo que acabamos de decir, proponemos a todas las organizaciones y partidos hermanos incluir en el orden del día la cuestión de la convocatoria del Congreso Comunista Internacional.

Con nuestro saludo socialista:

El Comité Central del Partido Comunista Ruso (Lenin y Trotsky).

El Buró de relaciones internacionales del Partido Obrero Comunista de Polonia (Karsky).

El Buró de relaciones internacionales del Partido Obrero Comunista de Hungría (Rudniasky).

El Buró de relaciones internacionales del Partido Obrero Comunista de la Austria alemana (Duda).

El Buró ruso del Comité Central del Partido Comunista de Letonia (Rosing).

El Comité Central del Partido Comunista de Finlandia (Sirola).

El Comité Ejecutivo de la Federación Socialdemócrata Revolucionaria Balcánica (Rakovski).

El SLP de EEUU (Reinstein).

Esta invitación convocaba a los comunistas de todos los países a una conferencia que debía iniciarse en Moscú el 15 de febrero de 1919. Las grandes dificultades de desplazamiento retrasaron la inauguración, que pudo llevarse a cabo el 2 de marzo. La conferencia se inició con un corto discurso de Lenin, a las seis de la tarde. Para los debates se adoptó la lengua alemana, hablándose además el ruso, el francés y el inglés.

Como presidentes del Congreso fueron elegidos por unanimidad los siguientes camaradas: Lenin (Rusia), Albert (Alemania), Platten (Suiza); el cargo de cuarto presidente fue rotado entre los diferentes partidos. El Congreso eligió como secretario al camarada Klinger.

La Comisión de mandatos comprobó la participación de los siguientes partidos y distribuyó los votos:

PARTICIPANTES EN EL I CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA EN MOSCÚ

(Partido y número de votos)

Partido Comunista Alemán, 5

Partido Comunista Ruso, 5

Partido Comunista de la Austria alemana, 3

Partido Comunista Húngaro, 3

SD de izquierda sueca, 3

PSD noruego, 3

PSD suizo, 3

SLP norteamericano, 5

Federación Revolucionaria Balcánica (Tchesniac búlgaro y Partido Comunista Rumano), 3

Partido Comunista Polaco, 3

Partido Comunista de Finlandia, 3

Partido Comunista Ucranio, 3

Partido Comunista de Letonia, 1
Partido Comunista Blanco-ruso y Lituano, 1
Partido Comunista de Estonia, 1
Partido Comunista Armenio, 1
Partido Comunista del Volga Alemán, 1
Grupo Unificado de los Pueblos de la Rusia Oriental, 1
Izquierda Zimmerwaldiana francesa, 5

VOTOS DELIBERATIVOS

Partido Comunista Checo
Partido Comunista Búlgaro
Partido Comunista de los países eslavos meridionales
Partido Comunista Inglés
Partido Comunista Francés
PSD holandés
Liga de la Propaganda Socialista de Norteamérica
Secciones del Buró Central de los Países Orientales
Comunistas suizos
Comunistas turquestanos (Turquía, Georgianos, Azerbayán, Persia)
Partido Obrero Socialista chino
Unión Obrera de Corea
Comisión de Zimmerwald

Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado

V. I. Lenin

1.- El ascenso del movimiento revolucionario del proletariado en todos los países ha hecho que la burguesía, y sus agentes en las organizaciones obreras, desplieguen denodados esfuerzos con el fin de encontrar argumentos ideológicos y políticos para defender el dominio de los explotadores. Entre estos argumentos se destacan en particular la condena de la dictadura y la defensa de la democracia. La falsedad e hipocresía de este argumento, repetido de mil modos en la prensa capitalista y en la Conferencia de la Internacional amarilla celebrada en febrero de 1919 en Berna, son evidentes para todos los que no quieran traicionar las tesis fundamentales del socialismo.

2.- Ante todo, este argumento opera con el concepto de “democracia en general” y “dictadura en general”, sin tener en cuenta de qué clase social se trata. Este planteamiento de la cuestión al margen o por encima de las clases, supuestamente popular, equivale ni más ni menos que a un escarnio de la doctrina fundamental del socialismo, esto es, de la doctrina de la lucha de clases, que reconocen de palabra pero olvidan en los hechos los socialistas que se han pasado al lado de la burguesía. Pues en ningún país capitalista civilizado existe la “democracia en general”, sino que sólo existe una democracia burguesa, y no se trata de la “dictadura en general”, sino de la dictadura de la clase oprimida, es decir, del proletariado sobre los opresores y explotadores, o sea sobre la burguesía, con el fin de vencer la resistencia que oponen los explotadores en la lucha por su dominación.

3.- La historia enseña que ninguna clase oprimida ha implantado ni ha podido implantar jamás su dominación sin atravesar por un período de dictadura, es decir, de conquista del poder político y de represión violenta de la resistencia opuesta siempre por los explotadores, la más desesperada y furiosa, una resistencia que no reparaba en crímenes. La burguesía, cuyo dominio defienden ahora los socialistas que hablan contra “la dictadura en general” y enaltecen la “democracia en general”, conquistó el poder en los países avanzados a costa de una serie de insurrecciones, guerras civiles y represión violenta contra los reyes, los señores feudales, los esclavistas, y contra sus intentos de restauración. Los socialistas de todos los países, en sus libros y folletos, en las resoluciones de sus congresos y en sus discursos de agitación, han explicado millones de veces al pueblo el carácter de clase de estas revoluciones burguesas y de esta dictadura burguesa. Por eso, la actual defensa de la democracia burguesa en forma de discursos sobre la “democracia en general”, y el actual vocerío y clamor contra la dictadura del proletariado en forma de gritos sobre la “dictadura en general”, son una traición directa al socialismo, el paso efectivo al lado de la burguesía, la negación del derecho del proletariado a su revolución proletaria, la defensa del reformismo burgués precisamente en un momento histórico en que este reformismo ha fracasado en todo el mundo y en que la guerra ha creado una situación revolucionaria.

4.- Todos los socialistas, al explicar el carácter de clase de la civilización burguesa, la democracia burguesa y el parlamentarismo burgués, expresaban la idea que habían formulado con la mayor exactitud científica Marx y Engels al decir que la república burguesa, aun la más democrática, no es sino una máquina para la opresión de la clase

obrera por la burguesía, para la opresión de las masas trabajadoras por un puñado de capitalistas. No hay un solo revolucionario, un solo marxista de los que hoy claman contra la dictadura y a favor de la democracia, que no jure y perjure ante los obreros que reconoce esta verdad fundamental del socialismo; y ahora, cuando el proletariado revolucionario atraviesa un estado de efervescencia y se pone en movimiento para destruir esta máquina de opresión y para conquistar la dictadura proletaria, estos traidores al socialismo presentan las cosas como si la burguesía regalase a los trabajadores una “democracia pura”, como si la burguesía renunciase a oponer resistencia y estuviese dispuesta a someterse a la mayoría de los trabajadores, como si no hubiese existido y no existiese ninguna máquina estatal para la opresión del trabajo por el capital en la república democrática.

5.- La Comuna de París, que ensalzan de palabra todos los que quieren pasar por socialistas, pues saben que las masas obreras simpatizan fervorosa y sinceramente con ella, mostró con particular nitidez la convencionalidad histórica y el valor limitado del parlamentarismo burgués y de la democracia burguesa, instituciones altamente progresistas en comparación con la Edad Media, pero que exigen, sin demora, una transformación radical en la época de la revolución proletaria.

Precisamente Marx, que fue quien mejor enjuició el significado histórico de la Comuna, cuando la analizó mostró el carácter explotador de la democracia burguesa y del parlamentarismo burgués, bajo los cuales las clases oprimidas obtienen el derecho a decidir una vez cada varios años qué miembros de la clase dominante “han de representar y aplastar” al pueblo en el parlamento. Precisamente ahora, cuando el movimiento soviético, que se extiende a todo el mundo, continúa a la vista de todos la causa de la Comuna, los traidores al socialismo olvidan la experiencia concreta y las lecciones concretas de la Comuna de París, repitiendo las consabidas antiguallas burguesas sobre la “democracia en general”. La Comuna no era una institución parlamentaria.

6.- El significado de la Comuna consiste, además, en que realizó el intento de desbaratar y destruir hasta sus cimientos el aparato estatal burgués, el aparato burocrático, judicial, militar y policíaco, sustituyéndolo por una organización de masas de autogobierno de los obreros, que no conocía la división en poder legislativo y ejecutivo. Todas las repúblicas democrático-burguesas de nuestros días, incluida la alemana, a la que los traidores al socialismo denominan proletaria burlándose de la verdad, mantienen este aparato estatal. Así, pues, se confirma una vez más con toda claridad que los clamores en defensa de la “democracia en general” constituyen en los hechos la defensa de la burguesía y de sus privilegios de clase explotadora.

7.- La “libertad de reunión” puede ser tomada como modelo de reivindicaciones de la “democracia pura”. Todo obrero consciente que no haya roto con su clase comprenderá al punto que sería absurdo prometer libertad de reunión a los explotadores en un período y en una situación en que éstos se resisten a ser derrocados y defienden sus privilegios. La burguesía, cuando era revolucionaria, ni en la Inglaterra de 1649 ni en la Francia de 1793 concedió “libertad de reunión” a los monárquicos y a los nobles, que llamaban en su ayuda a tropas extranjeras y “se reunían” para organizar intentonas de restauración. Si la actual burguesía, que se ha hecho reaccionaria hace ya mucho, exige del proletariado que éste garantice de antemano la “libertad de reunión” a los explotadores,

a pesar de la resistencia que ofrezcan los capitalistas a su expropiación, los obreros no harán sino reírse del fariseísmo de la burguesía.

Por otra parte, los obreros saben muy bien que la “libertad de reunión”, incluso en la república burguesa más democrática, es una frase vacía, pues los ricos tienen a su disposición los mejores edificios públicos y privados, y suficiente tiempo libre para reuniones, protegidas por el aparato del poder burgués. Los proletarios de la ciudad y del campo, y los pequeños campesinos, es decir, la inmensa mayoría de la población, no tienen ni lo primero ni lo segundo ni lo tercero. Mientras las cosas estén así, la “igualdad”, esto es, la “democracia pura”, es un engaño. A fin de conquistar la verdadera igualdad de hacer efectiva la democracia para los trabajadores, es preciso comenzar por desposeer a los explotadores de todos los edificios públicos y de todos los locales particulares de lujo, es preciso comenzar por conceder a los trabajadores horas de asueto, es preciso que protejan la libertad de sus reuniones obreros armados, y no señoritos de la nobleza u oficiales capitalistas valiéndose de soldados oprimidos.

Sólo después de este cambio se puede hablar de la libertad de reunión y de igualdad sin mofarse de los obreros, de los trabajadores, de los pobres. Pero sólo puede realizar este cambio la vanguardia de los trabajadores, el proletariado, derrotando a los explotadores, a la burguesía.

8.- La “libertad de prensa” es igualmente una de las principales consignas de la “democracia pura”. También en este sentido los obreros saben, y los socialistas de todos los países han reconocido millones de veces, que esta libertad es un engaño mientras las mejores imprentas y las mejores existencias de papel están acaparadas por los capitalistas, y mientras subsista el poder del capital sobre la prensa, poder que en todo el mundo es tanto más evidente, violento y cínico cuanto más desarrollados estén la democracia y el régimen republicano, como ocurre, por ejemplo, en Norteamérica. Al objeto de conquistar la igualdad efectiva y la verdadera democracia para los trabajadores, para los obreros y campesinos, es preciso comenzar por privar al capital de la posibilidad de alquilar escritores, de comprar editoriales y sobornar periódicos, pero para esto es necesario derrocar el yugo del capital, derrocar a los explotadores y vencer su resistencia. Los capitalistas han llamado siempre “libertad” a la libertad de los ricos para lucrarse y a la libertad de los obreros para morir de hambre. Los capitalistas denominan libertad de prensa a la libertad de soborno de la prensa por los ricos, a la libertad de utilizar riqueza para fabricar y falsear la llamada opinión pública. Los defensores de la “democracia pura” son una vez más, y en la práctica, defensores del más inmundo y venal sistema de dominio de los ricos sobre los medios de instrucción de las masas, no hacen sino engañar al pueblo, apartarlo con frases en apariencia plausibles y bellas, pero totalmente falsas, de la concreta tarea histórica de liberar a la prensa de su sujeción al capital. La verdadera libertad e igualdad sobrevendrán en el régimen que creen los comunistas, en el cual no existirá la posibilidad de enriquecerse a costa de otros, no existirá la posibilidad objetiva de subordinar, ni directa ni indirectamente, la prensa al poder del dinero, no habrá obstáculos para que todo trabajador (o grupo de trabajadores, cualquiera sea su número) tenga y disfrute del mismo derecho a utilizar las imprentas y el papel, que pertenecerán a la sociedad.

9.- La historia de los siglos XIX y XX nos mostró ya antes de la guerra qué es en la práctica la cacareada “democracia pura” bajo el capitalismo. Los marxistas han dicho siempre que cuanto más desarrollada y “pura” sea la democracia, tanto más abierta, ruda

e implacable será la lucha de clases, tanto más “puras” serán la opresión del capital y la dictadura de la burguesía. El asunto Dreyfus en la Francia republicana, las sangrientas represiones de los destacamentos de mercenarios armados por los capitalistas contra los huelguistas en la libre y democrática república de Norteamérica, miles y miles de otros hechos semejantes muestran la verdad que en vano trata de ocultar la burguesía: en las repúblicas más democráticas imperan en la práctica el terror y la dictadura de la burguesía, que se manifiestan abiertamente cada vez que los explotadores creen que se tambalea el poder del capital.

10.- La guerra imperialista de 1914-1918 ha puesto al desnudo definitivamente, incluso ante los obreros atrasados, este verdadero carácter de la democracia burguesa, hasta en las repúblicas más libres, como dictadura de la burguesía. A causa del enriquecimiento de un grupo alemán o inglés de millonarios o multimillonarios, sucumbieron decenas de millones de hombres, y en las repúblicas más libres se implantó la dictadura militar de la burguesía. Esta dictadura militar continúa en los países de la Entente después de la derrota de Alemania. Precisamente la guerra es la que más ha abierto los ojos a los trabajadores, la que ha arrancado las falsas flores de la democracia burguesa, la que ha mostrado al pueblo el pozo sin fondo de la especulación y del lucro durante la guerra y con motivo de ella. En nombre de la “libertad e igualdad” se enriquecieron escandalosamente los negociantes de la guerra. Ningún esfuerzo de la Internacional amarilla de Berna podrá ocultar a las masas el carácter explotador, hoy totalmente desenmascarado, de la libertad, de la igualdad y de la democracia burguesa.

11.- En Alemania, el país capitalista más desarrollado del continente europeo, los primeros meses de plena libertad republicana, traída por la derrota de la Alemania imperialista, han hecho ver a los obreros alemanes y a todo el mundo la verdadera naturaleza de clase de la república democrático-burguesa. El asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo es un hecho de alcance histórico mundial, no sólo porque han perecido trágicamente los mejores hombres y jefes de la verdadera Internacional proletaria, de la Internacional Comunista, sino porque se ha puesto definitivamente al desnudo la naturaleza de clase de un Estado europeo avanzado (se puede decir sin exagerar: de un Estado avanzado a escala mundial). Si unos detenidos, es decir, hombres tomados bajo la protección de los poderes públicos, pueden ser asesinados con toda impunidad por unos oficiales y por los capitalistas, bajo un gobierno de socialpatriotas, se deduce de ello que una república democrática en la que pueden ocurrir tales cosas es una dictadura de la burguesía. Quienes expresan su indignación con motivo del asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, pero sin comprender esta verdad, no hacen sino poner de manifiesto su cerrazón mental o su fariseísmo. La “libertad” en una de las repúblicas más libres y avanzadas del mundo, en la república alemana, es la libertad de asesinar impunemente a los líderes arrestados del proletariado. Y no puede ser de otro modo mientras subsista el capitalismo, pues el desarrollo de la democracia no atenúa, sino que agudiza la lucha de clases, que, en virtud de todos los resultados y de todas las influencias de la guerra y de sus consecuencias, ha llegado a su punto de ebullición.

En todo el mundo civilizado se procede ahora a desterrar a los bolcheviques, a perseguirlos, a encarcelarlos, como por ejemplo en Suiza, una de las repúblicas burguesas más libres, a organizar pogromos contra los bolcheviques en Norteamérica, etcétera. Desde el punto de vista de la “democracia en general” o de la “democracia pura” es sencillamente ridículo que países avanzados, civilizados, democráticos,

armados hasta los dientes, temen la presencia de varias decenas de personas de la Rusia atrasada, hambrienta y arruinada, a la que en decenas de millones de ejemplares de periódicos burgueses se califica de salvaje, criminal, etcétera. Está claro que una situación social que ha podido originar una contradicción tan patente, no es en la práctica sino una dictadura de la burguesía.

12.- Ante tal estado de cosas, la dictadura del proletariado no sólo es plenamente legítima como medio de derrocar a los explotadores y de vencer su resistencia, sino que es completamente necesaria para toda la masa trabajadora como única defensa contra la dictadura de la burguesía, que ha llevado a la guerra y prepara nuevas guerras.

Lo que principalmente no comprenden los socialistas y lo que indica su miopía teórica, su sujeción a los prejuicios burgueses y su traición política al proletariado es que en la sociedad capitalista, en cuanto se agrava en alguna medida la lucha de clases que palpita en su seno, no puede haber término medio entre la dictadura de la burguesía y la del proletariado. Toda ilusión en cuanto a un tercer camino no es sino un suspiro reaccionario de pequeños burgueses. Así lo atestigua la experiencia de más, de un siglo de desarrollo de la democracia burguesa y del movimiento obrero en todos los países avanzados, y, en particular, la experiencia del último lustro. Así lo indica también toda la ciencia de la economía política, todo el contenido del marxismo, que explica la inevitabilidad económica de la dictadura de la burguesía bajo toda economía mercantil, dictadura que sólo puede reemplazar la clase desarrollada, multiplicada, cohesionada y reforzada por el propio desarrollo del capitalismo, es decir, la clase proletaria.

13.- Otro error teórico y político de los socialistas consiste en no comprender que las formas de la democracia han ido cambiando inevitablemente a lo largo de milenios, comenzando por los embriones de la misma antigüedad, a medida que una clase dominante era sustituida por otra. En las antiguas repúblicas de Grecia, en las ciudades medievales y en los países capitalistas avanzados, la democracia reviste formas distintas y distinto grado de aplicación. Sería la mayor torpeza pensar que la revolución más profunda de la historia de la humanidad, el primer caso que se registra en el mundo de paso del poder de la minoría de explotadores a la mayoría de los explotados, puede sobrevenir dentro del viejo marco de la vieja democracia parlamentaria burguesa, puede sobrevenir sin introducir los cambios más radicales, sin crear nuevas formas de democracia, nuevas instituciones que encarnen las nuevas condiciones de su aplicación, etc.

14.- La dictadura del proletariado se parece a la dictadura de las demás clases porque ha sido suscitada por la necesidad, como le ocurre a toda dictadura, de aplastar con la violencia la resistencia de la clase que pierde el dominio político. La diferencia radical entre la dictadura del proletariado y la de otras clases (la dictadura de los terratenientes en la Edad Media y la de la burguesía en todos los países capitalistas civilizados) consiste en que la dictadura de los terratenientes y de la burguesía era la represión violenta de la resistencia de la inmensa mayoría de la población, esto es, de los trabajadores. Por el contrario, la dictadura del proletariado es la represión violenta de la resistencia de los explotadores, es decir, de una insignificante minoría de la población de los terratenientes y capitalistas.

De aquí se desprende, a su vez, que la dictadura del proletariado debe acarrear inevitablemente, no sólo el cambio de las formas e instituciones de la democracia,

hablando en términos generales, sino un cambio que traiga consigo una ampliación inusitada de la utilización efectiva de la democracia por parte de los oprimidos por el capitalismo, por parte de las clases trabajadoras.

En efecto, la forma de la dictadura del proletariado lograda ya en la práctica, es decir, el poder soviético en Rusia, el Räte-System en Alemania, los Shop Stewards Committees y organismos análogos en otros países, todas estas instituciones significan y hacen efectivas precisamente para las clases trabajadoras, es decir, para la inmensa mayoría de la población, una posibilidad real de utilizar los derechos y libertades democráticos, que jamás han existido con anterioridad, ni siquiera aproximadamente, en las mejores repúblicas democráticas burguesas.

La esencia del poder soviético consiste en que la base permanente y única de todo el poder y de todo el aparato del Estado es la organización de masas de las clases que estaban oprimidas por el capitalismo, es decir, de los obreros y semiproletarios (de los campesinos que no explotan trabajo ajeno y recurren continuamente a la venta de una parte, al menos, de su trabajo). Ahora son incorporadas, precisamente, a la participación permanente e indefectible, y además decisiva, en la dirección democrática del Estado las masas que incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, siendo iguales ante la ley, eran desplazadas en la práctica por miles de procedimientos y subterfugios de la intervención en la vida política y del disfrute de los derechos y libertades democráticos.

15. El poder soviético o dictadura del proletariado hace efectiva, inmediatamente y por completo, la igualdad de los ciudadanos, sin distinción de sexo, religión, raza y nacionalidad, que la democracia burguesa prometió siempre y en todas partes, pero que no realizó en ningún sitio ni podía realizar debido al dominio del capitalismo. El poder soviético hace efectiva esa igualdad, pues sólo puede realizarla el poder de los obreros, que no están interesados en la propiedad privada de los medios de producción y en la lucha por su reparto.

16.- La vieja democracia y el viejo parlamentarismo, es decir, la democracia y el parlamentarismo burgueses, estaban organizados de tal modo, que precisamente las masas trabajadoras eran las que más desplazadas se hallaban del aparato del gobierno. Por el contrario, el poder soviético, es decir, la dictadura del proletariado, está estructurado de tal forma, que acerca a las masas trabajadoras al aparato del gobierno. Esta misma finalidad cumple la unión del poder legislativo y ejecutivo en la organización soviética del Estado, y la sustitución de las circunscripciones electorales territoriales por las unidades de producción, como son las fábricas y demás empresas.

17.- El ejército no sólo era un aparato de opresión bajo la monarquía. Sigue siéndolo en todas las repúblicas burguesas, incluso en las más democráticas. Sólo el poder soviético, como organización estatal permanente de las clases oprimidas por el capitalismo está en condiciones de acabar con la supeditación del ejército al mando burgués y de fusionar realmente al proletariado con el ejército, de llegar realmente al armamento del proletariado y al desarme de la burguesía, sin lo cual es imposible la victoria del socialismo.

18.- La organización soviética del Estado está adaptada al papel dirigente del proletariado, la clase más concentrada e instruida por el capitalismo. La experiencia de todas las revoluciones y de todos los movimientos de las clases oprimidas, la

experiencia del movimiento socialista mundial, nos enseña que sólo el proletariado está en condiciones de unir y arrastrar tras de sí a las capas dispersas y atrasadas de la población trabajadora y explotada.

19.- Sólo la organización soviética del Estado puede destruir realmente de golpe y acabar para siempre con el viejo aparato burocrático judicial, es decir, con el aparato burgués, que se ha mantenido y tiene que mantenerse de modo inevitable bajo el capitalismo, incluso en las repúblicas más democráticas, siendo en la práctica lo que más obstaculiza la aplicación de la democracia para los obreros y los trabajadores en general. La comuna de París dio el primer paso de alcance histórico universal por este camino: el poder soviético ha dado el segundo.

20.- La destrucción del poder estatal es el objetivo que se han propuesto todos los socialistas, con Marx a la cabeza. Si no se logra este objetivo no puede realizarse la verdadera democracia, es decir, la igualdad y la libertad. A este objetivo conduce en la práctica únicamente la democracia soviética o proletaria, pues al atraer a la participación permanente e ineludible en la dirección del Estado a las organizaciones de masas de los trabajadores, comienza enseguida a preparar la plena extinción de todo Estado.

21.- La completa bancarrota de los socialistas reunidos en Berna y su total incomprensión de la nueva democracia, es decir, de la democracia proletaria, se ve en particular por lo siguiente. El 10 de febrero de 1919 Branting clausuró en Berna la Conferencia de la Internacional amarilla. Al día siguiente, en Berlín, en el periódico *Die Freiheit*, redactado por elementos que participaron en dicha conferencia, se publicó el manifiesto del partido de los “independientes” dirigido al proletariado. En este manifiesto se reconoce el carácter burgués del gobierno Scheidemann, se le reprocha el deseo de disolver los sóviets, que se llaman *Träger und Schutzer der Revolution* (portadores y custodios de la revolución) y se hace la propuesta de legalizarlos, de conferirles atribuciones de carácter estatal y de concederles el derecho de suspender las decisiones de la Asamblea Nacional y de someter los asuntos a plebiscito popular.

Semejante propuesta equivale a la plena bancarrota ideológica de los teóricos que han defendido la democracia y no han comprendido su carácter burgués. El ridículo intento de camuflar el sistema de los sóviets, es decir, la dictadura del proletariado con la Asamblea Nacional, es decir, con la dictadura de la burguesía, desenmascara por completo la indigencia mental de los socialistas y socialdemócratas amarillos, su reaccionarismo político de pequeñoburgueses y sus cobardes concesiones a la fuerza de la nueva democracia, de la democracia proletaria, que crece incontenible.

22.- Al condenar el bolchevismo, la mayoría de la Internacional amarilla de Berna, que no se decidió a votar formalmente la correspondiente resolución por miedo a las masas obreras, ha procedido con corrección desde el punto de vista de clase. Esta mayoría se ha solidarizado por completo con los mencheviques y socialistas revolucionarios rusos, y con los Scheidemann de Alemania. Los mencheviques y socialistas revolucionarios rusos, al quejarse de las persecuciones de que son objeto por parte de los bolcheviques, intentan ocultar el hecho de que estas persecuciones han sido provocadas por la participación de los mencheviques y socialistas revolucionarios en la guerra civil al lado de la burguesía contra el proletariado. De igual manera, los Scheidemann y su partido

han demostrado ya en Alemania su participación en la guerra civil al lado de la burguesía, contra los obreros.

Es del todo natural, por lo mismo, que la mayoría de los miembros de la Internacional amarilla de Berna hayan condenado a los bolcheviques. En esto se ha expresado, no la defensa de la “democracia pura”, sino la autodefensa de gente que sabe y comprende que en la guerra civil están al lado de la burguesía contra el proletariado.

He aquí por qué, desde el punto de vista de clase, no se puede dejar de reconocer como correcta la decisión de la mayoría de la Internacional amarilla. El proletariado, lejos de temer a la verdad, debe mirarla a la cara y sacar las pertinentes conclusiones políticas.

Sobre la base de estas tesis, y en consideración a los informes de los delegados de los diferentes países, el Congreso de la Internacional Comunista declara que la tarea principal de los partidos comunistas, en las distintas regiones donde el poder de los sóviets aún no se ha constituido, consiste en lo siguiente:

1° Esclarecer lo más ampliamente a las masas de la clase obrera sobre la significación histórica de la necesidad política y práctica de una nueva democracia proletaria, que debe ocupar el lugar de la democracia burguesa y del parlamentarismo.

2° Difundir y organizar a los sóviets en todos los dominios de la industria, en el ejército, en la flota, entre los obreros agrícolas y los campesinos pobres.

3° Conquistar, en el interior de los sóviets, una mayoría comunista sólida y consciente.

Resolución respecto a las corrientes socialistas y la Conferencia de Berna

Ya en 1907, en el Congreso Internacional Socialista de Stuttgart, cuando la Segunda Internacional abordó el problema de la política colonial y de las guerras imperialistas, se comprobó que la mayoría de la Segunda Internacional y de sus dirigentes estaban, con respecto a esos problemas, mucho más cerca de los puntos de vista de la burguesía que del punto de vista comunista de Marx y Engels.

Pese a ello, el Congreso de Stuttgart adoptó una enmienda propuesta por los representantes del ala revolucionaria, Lenin y Rosa Luxemburgo, concebida en los siguientes términos:

“Si pese a todo estalla una guerra, los socialistas tienen el deber de actuar para ponerle rápidamente fin y de utilizar por todos los medios la crisis económica y política provocada por la guerra para despertar al pueblo y obtener así el derrumbe de la dominación capitalista.”

En el Congreso de Basilea de noviembre de 1912, convocado en momentos de la guerra de los Balcanes, la Segunda Internacional declaró:

“Que los gobiernos burgueses no olviden que la guerra franco-alemana dio origen a la insurrección revolucionaria de la Comuna, y que la guerra ruso-japonesa puso en movimiento a las fuerzas revolucionarias rusas. A los ojos de los proletarios, el matarse entre sí para beneficio del predominio capitalista, de la rivalidad dinástica y del auge de los tratados diplomáticos, constituye un crimen.”

A fines de julio y comienzos de agosto de 1914, 24 horas antes del comienzo de la guerra mundial, los organismos e instituciones competentes de la Segunda Internacional continuaron todavía condenando la guerra que se aproximaba, como al más grande crimen de la burguesía. Las declaraciones referidas a esos días y emanadas de los partidos dirigentes de la Segunda Internacional constituyen el acta de acusación más elocuente contra los dirigentes de la Segunda Internacional.

Desde el primer cañonazo que sonó en los campos de la carnicería imperialista, los principales partidos de la Segunda Internacional traicionaron a la clase obrera y se ubicaron, con el pretexto de la “defensa nacional”, al lado de “su” burguesía. Scheidemann y Ebert en Alemania, Thomas y Remaudel en Francia, Henderson e Hyndman en Inglaterra, Vandervelde y De Brouckere en Bélgica, Renner y Pernerstorfer en Austria, Plejánov y Roubanovitch en Rusia, Branting y su partido en Suecia, Gompers y sus camaradas de ideas en América, Mussolini y Cía. en Italia, exhortaron al proletariado a una “tregua” con la burguesía de “su” país, a renunciar a la guerra contra la guerra y, en los hechos, a convertirse en carne de cañón para los imperialistas.

Fue en ese momento cuando la Segunda Internacional entró en bancarrota y naufragó. Gracias al desarrollo económico general, la burguesía de los países más ricos, por medio de pequeñas limosnas sacadas de sus inmensas ganancias, tuvo la posibilidad de corromper y de seducir a la dirección de la clase obrera, a la aristocracia obrera. Los

“compañeros de lucha” pequeñoburgueses del socialismo afluyeron a las filas de los partidos socialdemócratas oficiales y orientaron poco a poco a éstos de acuerdo con los fines de la burguesía. Los dirigentes del movimiento obrero parlamentario y pacífico, los dirigentes sindicales, los secretarios, redactores y empleados de la socialdemocracia, formaron toda una casta, una burocracia obrera que tenía sus propios intereses de grupo egoístas y que fue en realidad hostil al socialismo.

Gracias a todas esas circunstancias, la socialdemocracia oficial degeneró en un partido antisocialista y chovinista.

Ya en el seno de la Segunda Internacional se revelaron tres *tendencias fundamentales*. En el curso de la guerra y hasta comienzos de la revolución proletaria en Europa los contornos de estas tres tendencias se esbozaron con toda nitidez:

1) *La tendencia socialchovinista* (tendencia de la “mayoría”), cuyos representantes más típicos son los socialdemócratas alemanes que comparten ahora el poder con la burguesía alemana y que se convirtieron en los asesinos de los jefes de la Internacional Comunista Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

Los socialchovinistas se han revelado en la actualidad como los enemigos de clase del proletariado y siguen el programa de “liquidación” de la guerra que la burguesía les ha dictado: hacer recaer la mayor parte de los impuestos sobre las masas trabajadoras, inviolabilidad de la propiedad privada, mantenimiento del ejército en manos de la burguesía, disolución de los consejos obreros que surgen en todas partes, mantenimiento del poder político en manos de la burguesía. La “democracia” burguesa contra el socialismo.

Pese al rigor con el que los comunistas han luchado hasta ahora contra los “socialdemócratas de la mayoría”, los obreros sin embargo aún no han reconocido todo el peligro que esos traidores entrañan para el proletariado internacional. Una de las tareas más importantes de la revolución proletaria internacional consiste en hacer comprender a los trabajadores la traición de los socialchovinistas y neutralizar por la fuerza de las armas a ese partido contrarrevolucionario.

2) *La tendencia centrista* (socialpacifistas, kautskistas, independientes). Esta tendencia comenzó a formarse con anterioridad a la guerra, sobre todo en Alemania. A comienzos de la guerra, los principios generales del “Centro” coincidían casi siempre con los de los socialchovinistas. Kautsky, el jefe teórico del “Centro”, defendía la política seguida por los socialchovinistas alemanes y franceses. La Internacional sólo era un “instrumento en tiempos de paz”. “Lucha por la paz”, “lucha de clases en tiempos de paz”, esas eran las consignas de Kautsky.

Desde el comienzo de la guerra, el “Centro” se pronuncia por “la unidad” con los socialchovinistas. Luego del asesinato de Liebknecht y de Luxemburgo, el “Centro” continúa predicando esta “unidad”, es decir la unidad de los obreros comunistas con los asesinos de los jefes comunistas Liebknecht y Luxemburgo.

Desde el comienzo de la guerra, el “Centro” (Kautsky, Víctor Adler, Turati, Mac Donald) comienza a predicar “la amnistía recíproca” con respecto a los jefes de los partidos socialchovinistas de Alemania y Austria por una parte, y de Francia e Inglaterra por la otra. El “Centro” preconiza esta amnistía aun en la actualidad, después de la guerra, impidiendo así que los obreros se formen una idea clara sobre las causas del hundimiento de la Segunda Internacional.

El “Centro” envió sus representantes en Berna a la conferencia internacional de los socialistas, facilitando así a los Scheidemann y a los Renaudel su tarea de engañar a los obreros.

Es absolutamente necesario separar del “Centro” a los elementos más revolucionarios, lo que se puede lograr sólo por medio de la crítica despiadada y comprometiendo en ella a los jefes del “Centro”. La ruptura organizativa con el “Centro” es una necesidad histórica absoluta. La tarea de los comunistas de cada país consiste en determinar el momento de esa ruptura, según la etapa que su movimiento haya alcanzado.

3. *Los comunistas.* En el seno de la Segunda Internacional, donde esta tendencia defendió las concepciones comunistas-marxistas sobre la guerra y las tareas del proletariado (Stuttgart 1907, resolución Lenin-Luxemburgo), esta corriente era minoritaria. El grupo de la “izquierda radical” (el futuro Spartakusbund) en Alemania, el Partido Bolchevique en Rusia, los “tribunistas” en Holanda, el grupo juvenil en una serie de países, formaron el primer núcleo de la nueva Internacional.

Fiel a los intereses de la clase obrera, esta tendencia proclamó desde el comienzo de la guerra la consigna de transformación de la guerra imperialista en guerra civil y se ha constituido ahora como la Tercera Internacional.

La conferencia socialista de Berna en febrero de 1919 era una tentativa por resucitar el cadáver de la Segunda Internacional.

La composición de la conferencia de Berna demuestra manifiestamente que el proletariado revolucionario del mundo no tiene nada en común con esta conferencia.

El proletariado victorioso de Rusia, el proletariado heroico de Alemania, el proletariado italiano, el Partido Comunista del proletariado austriaco y húngaro, el proletariado suizo, la clase obrera de Bulgaria, de Rumania, de Serbia, los partidos obreros de izquierda suecos, noruegos, finlandeses, el proletariado ucranio, letón, polaco, la Juventud Internacional y la Internacional femenina se negaron ostensiblemente a participar en la conferencia de Berna de los socialpatriotas.

Los participantes de la conferencia de Berna que aún tienen algún contacto con el verdadero movimiento obrero de nuestra época han formado un grupo de oposición que, en el problema esencial al menos, es decir la “apreciación de la revolución rusa”, se han opuesto a los manejos de los socialpatriotas. La declaración del camarada francés Lorient, que condenó a la mayoría de la conferencia de Berna como soporte de la burguesía, refleja la verdadera opinión de todos los obreros conscientes del mundo entero.

En la pretendida “cuestión de las responsabilidades”, la conferencia de Berna se movió siempre en los marcos de la ideología burguesa. Los socialpatriotas alemanes y franceses se hicieron mutuamente los mismos reproches que se habían lanzado recíprocamente los burgueses alemanes y franceses. La conferencia de Berna se perdió en detalles mezquinos sobre tal o cual actitud de uno u otro ministro burgués antes de la guerra, sin querer reconocer que el capitalismo, el capital financiero de los dos grupos de potencias y sus lacayos socialpatriotas eran los principales responsables de la guerra. La mayoría de los socialpatriotas de Berna quería hallar al principal responsable de la guerra.

Una mirada en el espejo hubiera bastado para que todos se reconociesen como culpables.

Las declaraciones de la conferencia de Berna sobre el problema territorial están llenas de equívocos. Ese equívoco es justamente lo que la burguesía necesita. Clemenceau, el representante más reaccionario de la burguesía imperialista, reconoció los méritos de la conferencia socialpatriota de Berna ante la reacción imperialista al recibir a una delegación de la conferencia de Berna y proponerle participar en todas las comisiones de la conferencia imperialista de París.

La cuestión colonial reveló claramente que la conferencia de Berna iba a la zaga de esos políticos liberales-burgueses de la colonización que justifican la explotación y el sojuzgamiento de las colonias por la burguesía imperialista y solamente tratan de disfrazarla con frases filantrópicas-humanitarias. Los socialpatriotas alemanes exigieron que la pertenencia de las colonias alemanas al Reich fuese mantenida, es decir apoyaron la continuidad de la explotación de esas colonias por el capital alemán. Las divergencias que se manifestaron al respecto demuestran que los socialpatriotas de la Entente tienen el mismo punto de vista de negrero y consideran como muy natural el sojuzgamiento de las colonias francesas e inglesas por el capital metropolitano. De ese modo, la conferencia de Berna demuestra que olvidó totalmente la consigna “Abajo la política colonial”.

En la apreciación de la “Sociedad de las Naciones”, la conferencia de Berna demostró que seguía las huellas de esos elementos burgueses que, por medio de la apariencia engañosa de la llamada “Liga de los Pueblos” quieren desterrar a la revolución proletaria que crece en el mundo entero. En lugar de desenmascarar los manejos de la conferencia de los aliados en París, como los de una banda que practica la usura con las poblaciones y los dominios económicos, la conferencia de Berna la secundó convirtiéndose en su instrumento.

La actitud servil de la conferencia, que abandonó a una conferencia gubernamental burguesa de París la tarea de resolver el problema de la legislación sobre la protección del trabajo, demuestra que los socialpatriotas se han expresado conscientemente en favor de la conservación de la esclavitud del asalariado capitalista y están dispuestos a engañar a la clase obrera con vanas reformas.

Las tentativas inspiradas por la política burguesa de hacer aprobar en la conferencia de Berna una resolución según la cual una intervención armada en Rusia sería apoyada por la Segunda Internacional sólo fracasaron gracias a los esfuerzos de la oposición. Ese éxito de la oposición de Berna sobre los elementos chovinistas declarados es para nosotros la prueba indirecta de que el proletariado de Europa occidental simpatiza con la revolución proletaria de Rusia y está dispuesto a luchar contra la burguesía imperialista.

En ese temor a ocuparse de este fenómeno de importancia histórica mundial se reconoce el miedo que sienten estos lacayos de la burguesía ante el crecimiento de los consejos obreros. Los consejos obreros constituyen el fenómeno más importante desde la Comuna de París. La conferencia de Berna, al ignorarlos, puso de manifiesto su indigencia espiritual y su derrota teórica.

El Congreso de la Internacional Comunista considera que la conferencia de Berna intenta construir algo así como una Internacional amarilla de rompehuelgas que es y seguirá siendo nada más que un instrumento de la burguesía.

El Congreso invita a los obreros de todos los países a entablar la lucha más enérgica contra la internacional amarilla y a preservar a las masas más amplias del pueblo contra esta Internacional de la mentira y de la traición.

Declaración de los participantes de la Conferencia de Zimmerwald al I Congreso de la Internacional Comunista

Las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal tuvieron su importancia en una época en que era necesario unir a todos los elementos proletarios dispuestos a protestar, en una forma u otra, contra la carnicería imperialista. Pero en el grupo de Zimmerwald penetraron, al lado de elementos netamente comunistas, elementos “centristas”, pacifistas y vacilantes.

Esos elementos centristas, como lo demostró la conferencia de Berna, se han unido actualmente a los socialpatriotas, para luchar contra el proletariado revolucionario, utilizando así a Zimmerwald en beneficio de la reacción.

Al mismo tiempo, el movimiento comunista crecía en una serie de países, y la lucha contra los elementos centristas que obstaculizan el desarrollo de la revolución social se ha convertido ahora en la tarea principal del proletariado revolucionario. El grupo de Zimmerwald ya cumplió su cometido. Todo lo que había en el grupo de Zimmerwald de verdaderamente revolucionario pasa y adhiere a la Internacional Comunista.

Los participantes abajo firmantes de Zimmerwald declaran que consideran al grupo de Zimmerwald como disuelto y solicitan al Buró de la Conferencia de Zimmerwald la remisión de todos sus documentos al Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional.

Rakovski, Lenin, Zinoviev, Trotsky, Platten.

DECISIONES RELATIVAS AL GRUPO DE ZIMMERWALD

Luego de haber escuchado el informe del camarada Balabanov, secretario del Comité Socialista Internacional y de los camaradas Rakovski, Platten, Lenin, Trotsky y Zinóviev, miembros del grupo de Zimmerwald, el I Congreso de la Internacional Comunista decide: considerar como disuelto al grupo de Zimmerwald.

DECISIÓN RELATIVA AL PROBLEMA DE ORGANIZACIÓN

A fin de poder comenzar sin demora su trabajo activo, el Congreso designa inmediatamente a los organismos necesarios, con la idea de que la constitución definitiva de la Internacional Comunista deberá ser decidida por el próximo Congreso a proposición del Buró.

La dirección de la Internacional Comunista es confiada a un Comité Ejecutivo. Este se compone de un representante de cada uno de los partidos comunistas de los países más importantes. Los partidos de Rusia, Alemania, Austria alemana, de Hungría, de la Federación de los Balcanes, de Suiza y de Escandinavia deben enviar inmediatamente sus representantes al primer Comité Ejecutivo.

Los partidos de los países que declaren su adhesión a la Internacional Comunista antes del II Congreso obtendrán un puesto en el Comité Ejecutivo.

Hasta el arribo de los representantes extranjeros, los camaradas del país en el cual el Comité Ejecutivo tiene su sede se encargarán de asegurar el trabajo. El Comité Ejecutivo elegirá un buró de cinco personas.

Resolución sobre la creación de la Internacional Comunista

Platten, presidente: “En este momento, pongo a vuestro conocimiento una proposición presentada por los delegados Rakovski, Gruber, Grimland y Rudnianszky, planteada en los siguientes términos”:

Los representantes del Partido Comunista de la Austria alemana, del Partido Socialdemócrata de Izquierda de Suecia, de la Federación Obrera Revolucionaria Socialdemócrata de los Balcanes, del Partido Comunista de Hungría, proponen la creación de la Internacional Comunista.

1. La necesidad de la lucha por la dictadura del proletariado exige la organización uniforme, común e internacional de todos los elementos comunistas que piensan de un mismo modo.

2. Esta creación es un deber tanto más imperioso si se tiene en cuenta que actualmente se intenta en Berna y quizás se haga lo mismo en otras partes, restablecer la antigua Internacional oportunista y reunir a todos los elementos confusos y vacilantes del proletariado. Por eso es preciso establecer una neta separación entre los elementos revolucionarios proletarios y los elementos socialtraidores.

3. Si la Tercera Internacional no fuese creada por la Conferencia con sede en Moscú, eso daría la impresión de que los partidos comunistas están en desacuerdo, lo que debilitaría nuestra situación y aumentaría la confusión entre los elementos indecisos del proletariado de todos los países.

4. La constitución de la Tercera Internacional es, por lo tanto, un deber histórico absoluto, y la Conferencia Comunista Internacional con sede en Moscú debe hacerla realidad.

“Esta proposición implica volver sobre una resolución relativa a si somos una conferencia o un congreso. La proposición apunta a la constitución de la Tercera Internacional. La discusión queda abierta”.

Después de la discusión, el camarada Platten somete a votación la proposición firmada por Rakovski, Gruber, Grimland y Rudniansky:

“Esta proposición se hace con el objeto de llegar a una decisión respecto a la creación de la Tercera Internacional”.

La resolución fue adoptada por unanimidad con excepción de cinco abstenciones (delegación alemana).

Decisión adoptada (4 de marzo de 1919)

La Conferencia Comunista Internacional decide constituirse como Tercera Internacional y adoptar el nombre de Internacional Comunista. Las proporciones de los votos obtenidos no sufrieron cambios. Todos los partidos, todas las organizaciones y los

grupos conservan el derecho, durante ocho meses, de adherir definitivamente a la Tercera Internacional.

Plataforma de la Internacional Comunista

Las contradicciones del sistema mundial, antes ocultas en su seno, se revelaron, con una fuerza inusitada en una formidable explosión: la gran guerra imperialista mundial.

El capitalismo intentó superar su propia anarquía mediante la organización de la producción. En lugar de las numerosas empresas competitivas, se organizaron grandes empresas capitalistas (sindicatos, carteles, trusts), el capital bancario se unió al capital industrial, toda la vida económica cayó bajo el poder de una oligarquía capitalista que, mediante una organización basada en ese poder, adquirió un dominio exclusivo. El monopolio suplanta a la libre competencia. El capitalista aislado se transforma en miembro de una asociación capitalista. La organización reemplaza a la anarquía insensata.

Pero en la misma medida en que, en Estados Unidos considerado separadamente, los procedimientos anárquicos de la producción capitalista eran reemplazados por la organización capitalista, las contradicciones, la competencia, la anarquía alcanzaban en la economía mundial una mayor acuidad. La lucha entre los mayores estados conquistadores conducía inflexiblemente a la monstruosa guerra imperialista. La sed de beneficios impulsaba al capitalismo mundial a la lucha por la conquista de nuevos mercados, de nuevas fuentes de materias primas, de mano de obra barata de los esclavos coloniales. Los estados imperialistas que se repartieron todo el mundo, que transformaron a millones de proletarios y de campesinos de África, Asia, América, Australia en bestias de carga, debían poner en evidencia tarde o temprano en un gigantesco conflicto la naturaleza anárquica del capital. Así se produjo el más grande de los crímenes: la guerra del bandolerismo mundial.

El capitalismo intentó superar las contradicciones de su estructura social. La sociedad burguesa es una sociedad de clases. Pero el capital de los grandes estados “civilizados” se esforzó en ahogar las contradicciones sociales. A expensas de los pueblos coloniales a los que destruía, el capital compraba a sus esclavos asalariados, creando una comunidad de intereses entre los explotadores y los explotados, comunidad de intereses dirigida contra las colonias oprimidas y los pueblos coloniales amarillos, negros o rojos. Encadenaba al obrero europeo o americano a la “patria” imperialista.

Pero este mismo método de continua corrupción, originado por el patriotismo de la clase obrera y su sujeción moral, produjo, gracias a la guerra, su propia antítesis. El exterminio, la sujeción total del proletariado, un monstruoso yugo, el empobrecimiento, la degeneración, el hambre en el mundo entero, ese fue el último precio de la paz social. Y esta paz fracasó. La guerra imperialista se transformó en guerra civil.

Una nueva época surge. Época de disgregación del capitalismo, de su hundimiento interior. Época de la revolución comunista del proletariado.

El sistema imperialista se desploma. Problemas en las colonias, agitación en las pequeñas naciones hasta ahora privadas de independencia, rebeliones del proletariado, revoluciones proletarias victoriosas en varios países, descomposición de los ejércitos imperialistas, incapacidad absoluta de las clases dirigentes para orientar en lo sucesivo los destinos de los pueblos: ese es el cuadro de la situación actual en el mundo entero.

La Humanidad, cuya cultura ha sido devastada totalmente, está amenazada de destrucción. Sólo hay una fuerza capaz de salvarla y esa fuerza es el proletariado. El antiguo “orden” capitalista ya no existe. No puede existir. El resultado final de los procedimientos capitalistas de producción es el caos, y ese caos sólo puede ser vencido por la mayor clase productora, la clase obrera. Ella es la que debe instituir el orden verdadero, el orden comunista. Debe quebrar la dominación del capital, imposibilitar las guerras, borrar las fronteras entre los estados, transformar el mundo en una vasta comunidad que trabaje para sí misma, realizar los principios de solidaridad fraternal y la liberación de los pueblos.

Mientras, el capital mundial se prepara para un último combate contra el proletariado. Bajo la cobertura de la Liga de las Naciones y de la charlatanería pacifista, hace sus últimos esfuerzos para reajustar las partes dispersas del sistema capitalista y dirigir sus fuerzas contra la revolución proletaria irresistiblemente desencadenada.

A este inmenso complot de las clases capitalistas, el proletariado debe responder con la conquista del poder político, girar ese poder contra sus propios enemigos, servirse de él como palanca para la transformación económica de la sociedad. La victoria definitiva del proletariado mundial marcará el comienzo de la historia de la humanidad liberada.

LA CONQUISTA DEL PODER POLÍTICO

La conquista del poder político por parte del proletariado significa el aniquilamiento del poder político de la burguesía. El aparato gubernamental con su ejército capitalista, puesto bajo el mando de un cuerpo de oficiales burgueses y de *junkers*, con su policía y su gendarmería, sus carceleros y sus jueces, sus sacerdotes, sus funcionarios, etc., constituye el más poderoso instrumento de gobierno en manos de la burguesía. La conquista del poder gubernamental no puede reducirse a un cambio de personas en la constitución de los ministerios sino que debe significar el aniquilamiento de un aparato estatal extraño, la apropiación de la fuerza real, el desarme de la burguesía, del cuerpo de oficiales contrarrevolucionarios, de los guardias blancos, el armamento del proletariado, de los soldados revolucionarios y de la guardia roja obrera, la destitución de todos los jueces burgueses y la organización de los tribunales proletarios, la destrucción del funcionarismo reaccionario y la creación de nuevos órganos de administración proletarios. La victoria proletaria es asegurada por la desorganización del poder enemigo y la organización del poder proletario. Debe significar la ruina del aparato estatal burgués y la creación del aparato estatal proletario. Sólo luego de la victoria total, cuando el proletariado haya roto definitivamente la resistencia de la burguesía, podrá obligar a sus antiguos adversarios a servirlo útilmente, orientándolos progresivamente bajo su control, hacia la obra de construcción comunista.

DEMOCRACIA Y DICTADURA

Como todo Estado, el Estado proletario representa un aparato de coerción y este aparato está ahora dirigido contra los enemigos de la clase obrera. Su misión consiste en quebrar e imposibilitar la resistencia de los explotadores, empleando en su lucha desesperada todos los medios para ahogar en sangre la revolución. Por otra parte, la dictadura del

proletariado, al hacer oficialmente de esta clase la clase gobernante, crea una situación transitoria.

En la medida en que se logre quebrar la resistencia de la burguesía, ésta será expropiada y se transformará en una masa trabajadora; la dictadura del proletariado desaparecerá, el Estado fenecerá y las clases sociales desaparecerán junto con él.

La llamada democracia, es decir la democracia burguesa, no es otra cosa que la dictadura burguesa disfrazada. La tan mentada “voluntad popular” es una ficción, al igual que la unidad del pueblo. En realidad, existen clases cuyos intereses contrarios son irreconciliables. Y como la burguesía sólo es una minoría insignificante, utiliza esta ficción, esta pretendida “voluntad popular”, con el fin de consolidar, en medio de bellas frases, su dominación sobre la clase obrera para imponerle la voluntad de su clase. Por el contrario, el proletariado, que constituye la gran mayoría de la población, utiliza abiertamente la fuerza de sus organizaciones de masas, de sus sóviets, para aniquilar los privilegios de la burguesía y asegurar la transición hacia una sociedad comunista sin clases.

La esencia de la democracia burguesa reside en un reconocimiento puramente formal de los derechos y de las libertades, precisamente inaccesibles al proletariado y a los elementos semiproletarios, a causa de la carencia de recursos materiales, mientras que la burguesía tiene todas las posibilidades de sacar partido de sus recursos materiales, de su prensa y de su organización, para engañar al pueblo. Por el contrario, la esencia del sistema de los sóviets (de este nuevo tipo de poder gubernamental) consiste en que el proletariado obtiene la posibilidad de asegurar de hecho sus derechos y su libertad. El poder del sóviet entrega al pueblo los más hermosos palacios, las casas, las imprentas, las reservas de papel, etc., para su prensa, sus reuniones, sus sindicatos. Sólo entonces es posible establecer la verdadera democracia proletaria.

Con su sistema parlamentario, la democracia burguesa sólo concede el poder a las masas de palabra, y sus organizaciones están totalmente aisladas del poder real y de la verdadera administración del país. En el sistema de los sóviets, las organizaciones de las masas gobiernan y por medio de ellas gobiernan las propias masas, ya que los sóviets llaman a formar parte de la administración del Estado a un número cada vez mayor de obreros; y de esta forma todo el pueblo obrero poco a poco participa efectivamente en el gobierno del Estado. El sistema de los sóviets se apoya de este modo en todas las organizaciones de masas proletarias, representadas por los propios sóviets, los sindicatos revolucionarios, las cooperativas, etcétera.

La democracia burguesa y el parlamentarismo, por medio de la división de los poderes legislativos y ejecutivo y la ausencia del derecho de revocación de los diputados, termina por separar a las masas del Estado. Por el contrario, el sistema de los sóviets, mediante el derecho de revocación, la reunión de los poderes legislativo y ejecutivo y, consecuentemente, mediante la capacidad de los sóviets para constituir colectividades de trabajo, vincula a las masas con los órganos de las administraciones. Ese vínculo es también consolidado por el hecho de que, en el sistema de los sóviets, las elecciones no se realizan de acuerdo con las subdivisiones territoriales artificiales sino que coinciden con las unidades locales de la producción.

El sistema de los sóviets asegura de tal modo la posibilidad de una verdadera democracia proletaria, democracia para el proletariado y en el proletariado, dirigida contra la burguesía. En ese sistema, se asegura una situación predominante al proletariado industrial, al que pertenece, debido a su mejor organización y su mayor desarrollo político, el papel de clase dirigente, cuya hegemonía permitirá al semiproletariado y a los campesinos pobres elevarse progresivamente. Esas superioridades momentáneas del proletariado industrial deben ser utilizadas para arrancar a las masas pobres de la pequeña burguesía campesina de la influencia de los grandes terratenientes y de la burguesía, para organizarlas y llamarlas a colaborar en la construcción comunista.

LA EXPROPIACIÓN DE LA BURGUESÍA Y LA SOCIALIZACIÓN DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN

La descomposición del sistema capitalista y de la disciplina capitalista del trabajo hace imposible (dadas las relaciones entre las clases) la reconstrucción de la producción sobre las antiguas bases. La lucha de los obreros por el aumento de los salarios, incluso en el caso de tener éxito, no implica el mejoramiento esperado de las condiciones de existencia, pues el aumento de los precios de los productos invalida inevitablemente ese éxito. La enérgica lucha de los obreros por el aumento de los salarios en los países que se encuentran en una situación evidentemente sin salida, hace imposibles los progresos de la producción capitalista debido al carácter impetuoso y apasionado de esta lucha y su tendencia a la generalización. El mejoramiento de la condición de los obreros sólo podrá alcanzarse cuando el propio proletariado se apodere de la producción. Para elevar las fuerzas productoras de la economía, para quebrar lo más rápidamente posible la resistencia de la burguesía, que prolonga la agonía de la vieja sociedad creando por ello mismo el peligro de una ruina completa de la vida económica, la dictadura proletaria debe realizar la expropiación de la alta burguesía y de la nobleza y hacer de los medios de producción y de transporte la propiedad colectiva del Estado proletario.

El comunismo surge ahora de los escombros de la sociedad capitalista; la historia no dejará otra salida a la humanidad. Los oportunistas, en su deseo de retrasar la socialización por su utópica reivindicación del restablecimiento de la economía capitalista, no hacen sino aplazar la solución de la crisis y crear la amenaza de una ruina total, mientras que la revolución comunista aparece para la verdadera fuerza productora de la sociedad, es decir para el proletariado, y con él para toda la sociedad, como el mejor y más seguro medio de salvación.

La dictadura proletaria no significa ningún reparto de los medios de producción y de transporte. Por el contrario, su tarea es realizar una mayor centralización de los medios y la dirección de toda la producción de acuerdo con un plan único.

El primer paso hacia la socialización de toda la economía implica necesariamente las siguientes medidas: socialización de los grandes bancos que dirigen ahora la producción; posesión por parte del poder proletario de todos los órganos del Estado capitalista que rigen la vida económica; posesión de todas las empresas comunales; socialización de las ramas de la industria que actúan sindicadas o como trusts; igualmente, socialización de las ramas de la industria cuyo grado de concentración hace

técnicamente posible la socialización; socialización de las propiedades agrícolas y su transformación en empresas agrícolas dirigidas por la sociedad.

En cuanto a las empresas de menor importancia, el proletariado debe, teniendo en cuenta su grado de desarrollo, socializarlas poco a poco.

Es importante señalar aquí que la pequeña propiedad no debe ser expropiada y que los pequeños propietarios que no explotan el trabajo de otros no deben sufrir ningún tipo de violencia. Esta clase será poco a poco atraída a la esfera de la organización social, mediante el ejemplo y la práctica que demostrarán la superioridad de la nueva estructura social que liberará a la clase de los pequeños campesinos y la pequeña burguesía del yugo de los grandes capitalistas, de toda la nobleza, de los impuestos excesivos (principalmente como consecuencia de la anulación de las deudas del Estado, etc.).

La tarea de la dictadura proletaria en el campo económico sólo es realizable en la medida en que el proletariado sepa crear órganos de dirección de la producción, centralizada y realizar la gestión por medio de los propios obreros. Con este objeto, se verá obligado a sacar partido de aquellas organizaciones de masas que estén vinculadas más estrechamente con el proceso de producción.

En el dominio del reparto, la dictadura proletaria debe realizar el reemplazo del comercio por un justo reparto de los productos. Entre las medidas indispensables para alcanzar este objetivo señalamos: la socialización de las grandes empresas comerciales, la transmisión al proletariado de todos los organismos de reparto del Estado y de las municipalidades burguesas; el control de las grandes uniones cooperativas cuyo aparato organizativo tendrá todavía durante el período de transición una importancia económica considerable, la centralización progresiva de todos esos organismos y su transformación en un todo único para el reparto nacional de los productos.

Del mismo modo que en el campo de la producción, en el del reparto es importante utilizar a todos los técnicos y especialistas calificados, tan pronto como su resistencia en el orden de lo político haya sido rota y estén en condiciones de servir, en lugar de al capital, al nuevo sistema de producción. El proletariado no tiene intención de oprimirlos. Por el contrario, sólo él les dará la posibilidad de desarrollar la actividad creadora más potente. La dictadura proletaria reemplazará a la división del trabajo físico e intelectual, propio del capitalismo, mediante la unión del trabajo y la ciencia.

Simultáneamente con la expropiación de las fábricas, las minas, las propiedades, etc., el proletariado debe poner fin a la explotación de la población por parte de los capitalistas propietarios de inmuebles, pasar las grandes construcciones a los sóviets obreros locales, instalar a la población obrera en las residencias burguesas, etc.

En el transcurso de esta gran transformación, el poder de los sóviets debe por una parte, constituir un enorme aparato de gobierno cada vez más centralizado en su forma y además, debe convocar a un trabajo de dirección inmediata a sectores cada vez más vastos del pueblo trabajador.

EL CAMINO DE LA VICTORIA

El período revolucionario exige que el proletariado ponga en práctica un método de lucha que concentre toda su energía, es decir la acción directa de las masas, incluyendo todas sus consecuencias lógicas: el choque directo y la guerra declarada contra la maquinaria gubernamental burguesa. A este objetivo deben ser subordinados todos los demás medios, tales como por ejemplo, la utilización revolucionaria del parlamentarismo burgués.

Las condiciones preliminares indispensables para esta lucha victoriosa son: la ruptura no solamente con los lacayos directos del capital y los verdugos de la revolución comunista (cuyo papel asumen actualmente los socialdemócratas de derecha) sino también la ruptura con el “Centro” (grupo Kautsky) que, en un momento crítico, abandona al proletariado y se une a sus enemigos declarados.

Por otra parte, es necesario realizar un bloque con aquellos elementos del movimiento obrero revolucionario que, aunque no hayan pertenecido antes al partido socialista, se colocan ahora totalmente en el terreno de la dictadura proletaria bajo su forma soviética, es decir con los elementos correspondientes del sindicalismo.

El crecimiento del movimiento revolucionario en todos los países, el peligro para esta revolución de ser ahogada por la liga de los estados burgueses, las tentativas de unión de los partidos traidores al socialismo (formación de la Internacional amarilla en Berna) con el objetivo de servir bajamente a la Liga de Wilson, y finalmente la necesidad absoluta para el proletariado de coordinar sus esfuerzos, todo esto nos conduce inevitablemente a la creación de la Internacional Comunista, verdaderamente revolucionaria y verdaderamente proletaria.

La Internacional que se revele capaz de subordinar los intereses llamados nacionales a los intereses de la revolución mundial logrará, así, la cooperación de los proletarios de los diferentes países, mientras que sin esta ayuda económica mutua, el proletariado no estará en condiciones de construir una nueva sociedad. Por otra parte, en oposición a la Internacional socialista amarilla, la Internacional proletaria y comunista sostendrá a los pueblos explotados de las colonias en su lucha contra el imperialismo, con el propósito de acelerar la caída final del sistema imperialista mundial.

Los malhechores del capitalismo afirmaban al comienzo de la guerra mundial que no hacían sino defender su patria. Pero el imperialismo alemán reveló su naturaleza bestial a través de una serie de sangrientos crímenes cometidos en Rusia, Ucrania, Finlandia. Y ahora se revelan a su vez, incluso a los ojos de los sectores más atrasados de la población, las potencias de la Entente que saquean al mundo entero y asesinan al proletariado. De acuerdo con la burguesía alemana y los socialpatriotas, con la palabra de paz en los labios, se esfuerzan en aplastar, con ayuda de tanques y tropas coloniales ignorantes y bárbaras, la revolución del proletariado europeo. El terror blanco de los burgueses caníbales ha sido indescriptiblemente feroz. Las víctimas en las filas de la clase obrera son innumerables. La clase obrera ha perdido a sus mejores campeones: Liebknecht, Rosa Luxemburgo.

El proletariado debe defenderse por todos los medios. La Internacional Comunista convoca al proletariado mundial a esta lucha decisiva. ¡Arma contra arma! ¡Fuerza contra fuerza! ¡Abajo la conspiración imperialista del capital! ¡Viva la República Internacional de los Sóviets Proletarios!

Tesis sobre la situación internacional y la política de la Entente

Las experiencias de la guerra mundial desenmascararon la política imperialista de las “democracias” burguesas como la política de lucha de las grandes potencias tendente al reparto del mundo y a la consolidación de la dictadura económica y política del capital financiero sobre las masas explotadas y oprimidas. La masacre de millones de vidas humanas, la pauperización del proletariado sometido a esclavitud, el enriquecimiento inusitado de los sectores superiores de la burguesía gracias a los suministros de guerra, a los empréstitos, etc., el triunfo de la reacción militar en todos los países, todo esto no tardará en destruir las ilusiones respecto a la defensa de la patria, la tregua y la “democracia”. La “política de paz” desenmascara las verdaderas aspiraciones de los imperialistas de todos los países hasta sus últimas consecuencias.

LA PAZ DE BREST-LITOVSK Y EL COMPROMISO DEL IMPERIO ALEMÁN

La paz de Brest-Litovsk y luego la de Bucarest revelaron el carácter rapaz y reaccionario del imperialismo de las potencias centrales. Los vencedores arrancaron a la Rusia indefensa, contribuciones y anexiones. Utilizaron el derecho de libre determinación de los pueblos como pretexto para una política de anexiones, creando estados vasallos cuyos gobiernos reaccionarios favorecieron la política de rapiña y reprimieron el movimiento revolucionario de las masas trabajadoras. El imperialismo alemán, que en el combate internacional no había conseguido la victoria total, no podía en ese momento demostrar francamente sus verdaderas intenciones, y debió resignarse a vivir en una apariencia de paz con la Rusia soviética y a enmascarar su política rapaz y reaccionaria con frases hipócritas.

Sin embargo, las potencias de la Entente, tan pronto lograron la victoria mundial, dejaron caer sus máscaras y revelaron a los ojos de todo el mundo el verdadero rostro del imperialismo mundial.

LA VICTORIA DE LA ENTENTE Y EL REAGRUPAMIENTO DE LOS ESTADOS

La victoria de la Entente repartió en diferentes grupos a los países llamados civilizados del mundo. El primero de los grupos está constituido por las potencias del mundo capitalista, las grandes potencias imperialistas victoriosas (Inglaterra, EEUU., Francia, Japón, Italia). Frente a ellas se yerguen los países del imperialismo vencido, arruinados por la guerra y conmovidos en su estructura por el comienzo de la revolución proletaria (Alemania, Austria-Hungría con sus vasallos de siempre). El tercer grupo está formado por los estados vasallos de las potencias de la Entente. Se compone de pequeños estados capitalistas que participaron en la guerra al lado de la Entente (Bélgica, Serbia, Portugal, etc.) y de las repúblicas “nacionales” y estados taponos creados recientemente (República Checoslovaca, Polonia, repúblicas rusas contrarrevolucionarias, etc.) Los estados neutrales se aproximan, según sea su situación, a los estados vasallos pero sufren una fuerte presión política y económica que algunas veces torna su situación semejante a la de los estados vencidos. La república socialista rusa es un estado obrero y campesino que se ubica al margen del mundo capitalista y representa para el

imperialismo victorioso un gran peligro social, el peligro de que todos los resultados de la victoria se derrumben ante el asalto de la revolución mundial.

LA ‘POLÍTICA DE PAZ’ DE LA ENTENTE O EL IMPERIALISMO SE DESENMASCARA A SÍ MISMO

La “política de paz” de las cinco potencias mundiales, cuando las consideramos en su conjunto, era y sigue siendo una política que se desenmascara constantemente a sí misma.

Pese a todas las frases sobre su “política exterior democrática” constituye el triunfo total de la diplomacia secreta que, de espaldas y a expensas de los millones de obreros de todos los países, decide la suerte del mundo por la vía de arreglos entre los apoderados de los trusts financieros. Todos los problemas esenciales son tratados sin excepción a puerta cerrada por el comité parisino de las cinco grandes potencias, en ausencia de los representantes de los países vencidos, neutrales y de los mismos estados vasallos.

Los discursos de Lloyd George, de Clemenceau, de Sonnino, etc., proclaman y tratan de motivar abiertamente la necesidad de las *anexiones* y de las *contribuciones*.

Pese a las frases falsas sobre “la guerra por el desarme general”, se proclama la necesidad de *armarse todavía* y ante todo de mantener el poderío marítimo británico en vistas de la llamada “protección de la libertad de los mares”.

El derecho de libre disposición de los pueblos por sí mismos, proclamado por la Entente, es manifiestamente pisoteado y remplazado por el reparto de los dominios cuestionados entre los estados poderosos y sus vasallos.

Sin consultar a la población, Alsacia-Lorena fue incorporada a Francia; Irlanda, Egipto e India, no tienen el derecho a disponer de sí mismas; el estado eslavo meridional y la República Checoslovaca fueron creados por la fuerza de las armas; se negocia desvergonzadamente el reparto de la Turquía europea y asiática, el reparto de las colonias alemanas ya ha comenzado, etc.

La política de las *contribuciones* ha sido llevada a un grado de pillaje total de los vencidos. No solamente se presenta a los vencidos cuentas que ascienden a miles de millones, no sólo se les priva de todos los medios de guerra, sino que los países de la Entente les quitan también las locomotoras, los ferrocarriles, los barcos, los instrumentos agrícolas, las reservas de oro, etc., etc. Además, los prisioneros de guerra deben convertirse en los esclavos de los vencedores. Se discuten proposiciones sobre el trabajo forzado de los obreros alemanes. Las potencias aliadas tienen la intención de hacer de ellos esclavos miserables y hambrientos del capital de la Entente.

La política de *excitación nacional* llevada al extremo tiene su expresión en la constante incitación contra las naciones vencidas en la prensa de la Entente y las administraciones de la ocupación, así como en el bloqueo por hambre, condenando a los pueblos de Alemania y Austria al exterminio. Esta política tiende a crear pogromos contra los alemanes organizados por los sostenedores de la Entente, los elementos chovinistas

checos y polacos, y pogromos contra los judíos que superan los peores actos del zarismo ruso.

Los estados “democráticos” de la Entente prosiguen una política de *reacción extrema*.

La reacción triunfa tanto en el seno de los países de la Entente (entre los cuales Francia ha retrocedido a las peores épocas de Napoleón III) como en todo el mundo capitalista, que se halla bajo la influencia de la Entente. Los aliados ahogan la revolución en los países ocupados de Alemania, Hungría, Bulgaria, etc., excitan a los gobiernos oportunistas-burgueses de los países vencidos contra los obreros revolucionarios amenazándolos con suprimirles los víveres. Los aliados han declarado que hundirán todos los navíos alemanes que se atrevan a izar la bandera roja de la revolución, se han negado a reconocer a los consejos alemanes y en las regiones alemanas ocupadas han abolido la jornada de ocho horas. Además de apoyar la política reaccionaria en los países neutrales y promover en los estados vasallos (el régimen de Paderevsky en Polonia), los aliados han excitado a los elementos reaccionarios de esos países (en Finlandia, Polonia, Suecia, etc.) contra la Rusia revolucionaria, y exigen la intervención de las fuerzas armadas alemanas.

CONTRADICCIONES ENTRE LOS ESTADOS DE LA ENTENTE

Pese a la identidad de las líneas fundamentales de su política imperialista, una serie de profundas contradicciones se manifiestan en el seno de las grandes potencias que dominan el mundo.

Esas contradicciones se concentran sobre todo alrededor del programa de paz del capital financiero norteamericano (el llamado programa Wilson). Los puntos más importantes de ese programa son los siguientes: “Libertad de los mares”, “Sociedad de las Naciones” e “Internacionalismo de las colonias”. La consigna de “libertad de los mares” (una vez privada de su máscara hipócrita) significa en realidad la abolición del predominio militar naval de determinadas grandes potencias (en primer lugar de Inglaterra) y la apertura de todas las vías marítimas al comercio norteamericano. La “Sociedad de las Naciones” significa que el derecho a la anexión inmediata de los Estados y de los pueblos débiles será negado a las grandes potencias europeas (en primer lugar a Francia). La “internacionalización de las colonias” fija la misma regla con relación a los dominios coloniales.

Ese programa está condicionado por los siguientes hechos: el capital norteamericano no posee la mayor flota del mundo; ya no tiene la posibilidad de proceder a anexiones directas en Europa y por ello apunta a la explotación de los estados y de los pueblos débiles por medio de las relaciones comerciales y de las inversiones de capitales. Por eso quiere obligar a las otras potencias a formar un sindicato de los trusts de estados, a repartir “lealmente” entre sí la explotación mundial y a transformar la lucha entre los trusts de estados en una lucha puramente económica. En el dominio de la explotación económica, el capital financiero norteamericano altamente desarrollado obtendrá una hegemonía efectiva que le asegurará el predominio económico y político en el mundo.

La “libertad de los mares” se enfrenta agudamente con los intereses de Inglaterra, Japón y en parte también de Italia (en el Adriático). La “Sociedad de las Naciones” y la

“internacionalización de las colonias” están en franca contradicción con los intereses de Francia y de Japón, y en menor medida con los intereses de todas las otras potencias imperialistas. La política de los imperialistas de Francia, donde el capital financiero posee una forma particularmente usurera, donde la industria está débilmente desarrollada y donde la guerra arruinó totalmente las fuerzas productivas, trata por medios desesperados de mantener el régimen capitalista. Estos medios son el pillaje bárbaro de Alemania, la sumisión directa y la explotación rapaz de los estados vasallos (proyectos de una Unión Danubiana, de estados eslavos meridionales) y la extorsión por medio de la violencia de las deudas contraídas por el zarismo ruso ante el Shylock francés. Francia, Italia y en forma alternada también Japón, en cuanto que países continentales, también son capaces de llevar a cabo una política de anexiones directas.

Además de estar en contradicción con los intereses de EEUU, las grandes potencias tienen intereses que se oponen recíprocamente entre sí. Inglaterra teme el fortalecimiento de Francia en el continente, pues tiene en Asia Menor y en África intereses que se oponen a los de Francia. Los intereses de Italia en los Balcanes y en el Tirol son contrarios a los intereses de Francia. Japón disputa a la Australia inglesa las islas situadas en el Océano Pacífico.

AGRUPAMIENTOS Y TENDENCIAS EN EL SENO DE LA ENTENTE

Esas contradicciones entre las grandes potencias originan diversos agrupamientos en el seno de la Entente. Hasta ahora se han esbozado dos combinaciones principales: la combinación franco-anglo-japonesa, que está dirigida contra Norteamérica e Italia y la anglo-norteamericana que se opone a las otras grandes potencias.

La primera de esas combinaciones predominaba hasta comienzos de enero de 1919, en tanto que el presidente Wilson aún no había renunciado a exigir la abolición de la dominación marítima inglesa. El desarrollo del movimiento revolucionario de los obreros y de los soldados en Inglaterra, que condujo a una Entente entre los imperialistas de diferentes países para terminar con la aventura rusa y para acelerar la conclusión de la paz, ha fortalecido la propensión de Inglaterra hacia esta combinación, que alcanza el predominio a partir de enero de 1919. El bloque anglo-norteamericano se opone a la prioridad de Francia en el pillaje de Alemania y a la intensidad exagerada de ese pillaje. Plantea ciertos límites a las exigencias anexionistas exageradas de Francia, Italia y Japón. Impide que los estados vasallos creados recientemente les estén sometidos directamente. En lo que concierne al problema ruso, la combinación anglo-norteamericana tiene intenciones pacíficas: quiere conservar las manos libres a fin de poder realizar el reparto del mundo, de ahogar la revolución europea y luego también la revolución rusa.

A esas dos combinaciones de las potencias corresponden dos tendencias en el seno de las grandes potencias: una ultra-anexionista y otra moderada, la segunda de las cuales apoya la combinación Wilson-Lloyd George.

LA SOCIEDAD DE NACIONES

Vistas las contradicciones irreconciliables que surgieron en el seno mismo de la Entente, la Sociedad de Naciones (aun cuando se realizaba sobre el papel) sólo desempeñaría, sin embargo, el papel de una santa alianza de los capitalistas para reprimir la revolución obrera. La propagación de la Sociedad de Naciones es el mejor medio para perturbar la conciencia revolucionaria de la clase obrera. En lugar de la consigna de una Internacional de las repúblicas obreras revolucionarias, se lanza la de una asociación internacional de pretendidas democracias que debe ser formada por una coalición del proletariado y de las clases burguesas.

La Sociedad de Naciones es una consigna tramposa mediante la cual los socialtraidores a las órdenes del capital internacional dividen a las fuerzas proletarias y favorecen la contrarrevolución imperialista.

Los proletarios revolucionarios de todos los países del mundo deben llevar a cabo una lucha implacable contra las ideas de la Sociedad de Naciones de Wilson y protestar contra la participación en esta sociedad del robo, la explotación y la contrarrevolución imperialista.

LA POLÍTICA EXTERIOR E INTERIOR DE LOS PAÍSES VENCIDOS

La derrota militar y el deterioro interno del imperialismo austriaco y alemán condujeron, en los estados centrales y durante el primer período de la revolución, a la dominación del régimen burgués socialoportunista. Con el pretexto de la democracia y del socialismo, los socialtraidores alemanes protegen y reconstruyen el predominio económico y la dictadura política de la burguesía. En su política exterior, apuntan al restablecimiento del imperialismo alemán exigiendo la restitución de las colonias y la admisión de Alemania en la Sociedad de la rapiña. A medida que se fortalecen en Alemania las bandas de guardias blancos y que avanza el proceso de descomposición en el campo de la Entente, las veleidades de la burguesía y de los socialtraidores de convertirse en una gran potencia también aumentan. Al mismo tiempo, el gobierno burgués socialoportunista debilita también la solidaridad internacional del proletariado y separa a los obreros alemanes de sus hermanos de clase, cumpliendo así las órdenes contrarrevolucionarias de los aliados y sobretodo excitando a los obreros alemanes contra la revolución rusa proletaria para complacer a la Entente. La política de la burguesía y de los socialoportunistas en Austria y en Hungría es la repetición de la política del bloque burgués oportunisto de Alemania bajo una forma atenuada.

LOS ESTADOS VASALLOS DE LA ENTENTE

En los estados vasallos y en las repúblicas que la Entente acaba de crear (Checoslovaquia, países eslavos meridionales, a los que hay que agregar Polonia, Finlandia, etc.), la política de la Entente, apoyada en las clases dominantes y los socialnacionalistas, apunta a erigir centros de un movimiento nacional contrarrevolucionario. Ese movimiento debe estar dirigido contra los pueblos vencidos, debe mantener en equilibrio a las fuerzas de los estados nuevos y someterlos a la Entente, debe frenar los movimientos revolucionarios que surgen en las nuevas repúblicas “nacionales” y finalmente proporcionar guardias blancos para la lucha contra la revolución internacional y sobre todo contra la revolución rusa.

En lo que se refiere a Bélgica, Portugal, Grecia y otros pequeños países aliados a la Entente, su política está totalmente determinada por la de los grandes bandoleros, a los que están sometidos y cuya ayuda solicitan para obtener pequeñas anexiones e indemnizaciones de guerra.

LOS ESTADOS NEUTRALES

Los estados neutrales están en la situación de vasallos no favorecidos del imperialismo de la Entente, con los cuales ésta emplea, en forma atenuada, los mismos métodos que con respecto a los países vencidos. Los estados neutrales favorecidos formulan diversas reivindicaciones a los enemigos de la Entente (las pretensiones de Dinamarca con respecto a Flensburg, la proposición suiza de la internacionalización del Rin, etc.). Al mismo tiempo, ejecutan las órdenes contrarrevolucionarias de la Entente (expulsión del embajador ruso, enrolamiento de los guardias blancos en los países escandinavos etc.). Otros estados están expuestos al peligro de un desmembramiento territorial (proyecto de incorporación de la provincia de Linburgo a Bélgica y de la internacionalización de la desembocadura del Escaut).

LA ENTENTE Y LA RUSIA SOVIÉTICA

El carácter rapaz antihumanitario y reaccionario del imperialismo de la Entente se manifiesta más netamente en la posición que sustenta frente a la Rusia soviética. Desde el comienzo de la Revolución de Octubre, las potencias de la Entente apoyaron a los partidos y los gobiernos contrarrevolucionarios de Rusia. Con la ayuda de los contrarrevolucionarios burgueses anexionaron Siberia, los Urales, las costas de la Rusia europea, el Cáucaso y una parte del Turquestán. De esas comarcas anexionadas sustraen materias primas (madera, petróleo, manganeso, etc.).

Con la ayuda de las pandillas checoslovacas a sueldo, robaron las reservas de oro de Rusia. Bajo la dirección del diplomático inglés Lockhart, espías ingleses y franceses hicieron saltar puentes y destruyeron vías férreas intentando obstaculizar el aprovisionamiento de víveres. La Entente sostuvo con fondos, armas y ayuda militar a generales reaccionarios tales como Denikin, Kólchak y Krasnov, que fusilaron y colgaron a millares de obreros y campesinos en Rostov, Jusovka, Novorosik, Omsk, etc. Con los discursos de Clemenceau y de Pichon, la Entente proclama abiertamente el principio del “cerco económico”, es decir que se quiere condenar al hambre y a la destrucción a la república de los obreros y de los campesinos revolucionarios. Se promete “ayuda técnica” a las bandas de Denikin, Kólchak y Krasnov. Por otra parte, la Entente rechazó en diversas oportunidades las proposiciones de paz de la potencia soviética.

El 23 de enero de 1919 las potencias de la Entente, en las que predominaban momentáneamente las tendencias moderadas, dirigieron a todos los gobiernos rusos la proposición de enviar delegados a la Isla de los Príncipes. Esta proposición contenía una intención provocadora con respecto al gobierno soviético. Aunque el 4 de febrero la Entente recibió una respuesta afirmativa del gobierno soviético, en la cual éste también se declaraba dispuesto a considerar anexiones, contribuciones y concesiones a fin de

liberar a los obreros y campesinos rusos de la guerra que le era impuesta por la Entente, ésta no respondió.

Este hecho confirma que las tendencias anexionistas-reaccionarias de los imperialistas de la Entente se basan en terreno sólido. Amenazan a la república socialista con nuevas anexiones y nuevos asaltos contrarrevolucionarios.

La “política de paz” de la Entente devela aquí definitivamente a los ojos del proletariado internacional la naturaleza del imperialismo de la Entente y del imperialismo en general. Prueba al mismo tiempo que los gobiernos imperialistas son incapaces de acordar una paz “justa y duradera” y que el capital financiero no puede restablecer la economía destruida. El mantenimiento del dominio del capital financiero conduciría a la destrucción total de sociedad civilizada o al aumento de la explotación, de la esclavitud, de la reacción política, del armamentismo y finalmente a nuevas guerras destructoras.

Resolución sobre el terror blanco

El sistema capitalista fue desde sus comienzos, un sistema de rapiña y de asesinatos masivos. Los horrores de la acumulación primitiva, la política colonial que por medio de la Biblia, la sífilis y el alcohol, condujo al despiadado exterminio de razas y poblaciones enteras; la miseria, el hambre, el agotamiento y la muerte prematuras de innumerables millones de proletarios explotados, la represión sangrienta de la clase obrera cuando ésta se rebelaba contra sus explotadores, en fin, la inmensa e inaudita carnicería que trasformó a la producción mundial en una producción de cadáveres humanos, da una imagen del orden capitalista.

Desde comienzos de la guerra, las clases dominantes que en los campos de batalla habían matado a más de diez millones de hombres y habían perjudicado a muchos más impusieron también dentro de sus países el régimen de la dictadura sangrienta. El gobierno zarista ruso fusiló y colgó a los obreros, organizó pogromos contra los judíos, exterminó a todo ser vivo en el país. La monarquía austríaca ahogó en sangre la insurrección de los campesinos y de los obreros ucranios y checos. La burguesía inglesa asesinó a los mejores representantes del pueblo irlandés. El imperialismo alemán asoló su país y los marinos revolucionarios fueron las primeras víctimas de esa brutalidad. En Francia se eliminó a los soldados rusos que no estaban dispuestos a defender las ganancias de los banqueros franceses. En Norteamérica la burguesía linchó a los internacionalistas, condenó a centenares de los mejores proletarios a veinte años de trabajo forzados, mató a obreros durante las huelgas, etcétera.

Cuando la guerra imperialista comenzó a trasformarse en guerra civil y las clases dominantes, los más grandes malhechores que la historia del mundo jamás haya conocido, se vieron amenazadas por el peligro inmediato de un hundimiento de su régimen sangriento, su bestialidad se tornó aún más cruel.

En su lucha por el mantenimiento del orden capitalista, la burguesía emplea los métodos más inusitados, ante los cuales palidecen todas las crueldades de la Edad Media, la Inquisición y la colonización.

Al encontrarse al borde de su tumba, la clase burguesa destruye ahora físicamente a la fuerza productiva más importante de la sociedad humana, el proletariado, y al desencadenar este terror blanco se ha mostrado en toda su espantosa desnudez.

Los generales rusos, esa personificación viviente del régimen zarista, mataron y matan aún masivamente a los obreros con el apoyo directo o indirecto de los socialtraidores. Durante la dominación de los socialistas-revolucionarios y de los mencheviques en Rusia, millares de obreros y de campesinos llenaban las prisiones y los generales exterminaron a regimientos enteros a causa de su desobediencia. En la actualidad, los Krasnov y los Dénikin, que gozan de la colaboración de la Entente, han matado y colgado a decenas de millares de obreros, diezmándolos, y, para aterrorizar a los que quedaban vivos, dejaron durante tres días los cadáveres suspendidos en la horca. En los Urales y en el Volga, las pandillas de guardias blancos checoslovacos cortaron las manos y las piernas de los prisioneros, los ahogaron en el Volga, los hicieron enterrar vivos. En Siberia, los generales mataron a millares de comunistas y a una gran cantidad de obreros y campesinos.

La burguesía alemana y austríaca así como los socialtraidores han demostrado su naturaleza canibalística cuando en Ucrania colgaron en horcas transportables por ferrocarril a los obreros y campesinos que habían detenido así como a los comunistas, sus propios compatriotas, nuestros camaradas alemanes y austríacos. En Finlandia, país de la democracia burguesa, ayudaron a la burguesía finlandesa a fusilar de trece a catorce mil proletarios y a torturar mortalmente a más de quince mil prisioneros.

En Helsingfors colocaron delante suyo a mujeres y niños para protegerse de las ametralladoras. Fue con su apoyo como los guardias blancos finlandeses y sus ayudantes suecos pudieron entregarse a esas sangrientas orgías contra el proletariado finlandés vencido. En Tammerfors, se obligó a las mujeres condenadas a muerte a cavar sus propias tumbas, en Viborg se mató a centenares de mujeres, hombres y niños finlandeses y rusos.

En su país, la burguesía y la socialdemocracia alemana llegaron a un grado extremo de furor reaccionario, reprimiendo sangrientamente la insurrección obrera comunista, asesinando bestialmente a Liebknecht y Luxemburgo, matando y exterminando a los obreros espartaquistas. El terror masivo e individual de los blancos, esa es la bandera que guía a la burguesía.

En otros países también se ofrece a nuestros ojos el mismo cuadro. En la Suiza democrática todo está listo para la ejecución de los obreros en el caso de que se atrevan a violar la ley capitalista. En Norteamérica, el presidio, el linchamiento y la silla eléctrica aparecen como los símbolos elegidos por la democracia y la libertad.

En Hungría y en Inglaterra, en Bohemia y Polonia, en todas partes ocurre lo mismo.

Los asesinos burgueses no retroceden ante ninguna infamia. Para reafirmar su poder alientan el chovinismo y organizan, por ejemplo, la democracia burguesa ucraniana, con el menchevique Petlyura a la cabeza, la de Polonia con el socialpatriota Pilsudski y así seguidamente. Surgen también inmensos pogromos contra los judíos que superan de lejos los que organizaban los policías del zar. Y si la canalla polaca reaccionaria y “socialista” asesinó a los representantes de la Cruz Roja rusa, eso es sólo una gota de agua en medio de los crímenes y horrores del canibalismo burgués decadente.

La “Liga de las Naciones” que, según las declaraciones de sus fundadores, debe propiciar la paz, se encamina hacia una guerra sangrienta contra el proletariado de todos los países. Las potencias de la Entente, al tratar de resguardar su dominación, abren con *ejércitos de negros*, la vía hacia un terror increíblemente brutal.

Maldiciendo a los asesinos capitalistas y a sus ayudantes socialdemócratas, el I Congreso de la Internacional Comunista convoca a los obreros de todos los países a unir todas sus fuerzas para poner fin definitivamente al sistema de asesinato y rapiña destruyendo el poder del régimen capitalista.

Manifiesto de la Internacional Comunista a los obreros del mundo

León Trotsky

Hace 72 años el Partido Comunista proclamó su programa al mundo en la forma de un manifiesto redactado por los más grandes heraldos de la revolución proletaria, Carlos Marx y Federico Engels. Ya en esa época, cuando apenas el comunismo había comenzado su lucha, fue atacado con provocaciones, mentiras, odio y la persecución de las clases poseedoras que, correctamente, vieron en él a su enemigo mortal. Durante tres cuartos de siglo, su desarrollo siguió caminos complejos: a períodos de alza tempestuosa, siguieron otros de decadencia; conoció los éxitos y la derrota cruel. Pero el movimiento siguió esencialmente el camino trazado por *El Manifiesto del Partido Comunista*. La etapa de la lucha final, decisiva, se retrasó más de lo que esperaban y creían los apóstoles de la revolución socialista. Pero ha llegado. Nosotros, los comunistas, representantes del proletariado revolucionario de los distintos países de Europa, América y Asia, reunidos en el Moscú soviético, nos sentimos y consideramos herederos y realizadores de la causa cuyo programa fue afirmado hace 72 años.

Nuestra tarea consiste en generalizar la experiencia revolucionaria de la clase obrera, purgar al movimiento de la mezcla corrosiva de oportunismo y socialpatriotismo, unificar los esfuerzos de todos los partidos verdaderamente revolucionarios del proletariado mundial, y así facilitar y acelerar la victoria de la revolución comunista en todo el mundo.

En la actualidad, cuando Europa está cubierta de ruinas humeantes, los más culpables de los incendiarios de la historia buscan afanosamente a los criminales responsables de la guerra, llevando a rastras a sus lacayos: profesores, parlamentarios, periodistas, socialpatriotas y otros apoyos políticos de la burguesía.

Durante muchos años el movimiento socialista predijo la inevitabilidad de la guerra imperialista, cuyas causas subyacen en la avidez insaciable de las clases poseedoras de los dos bandos principales y, en general, de todos los países capitalistas. En el Congreso de Basilea dos años antes de que estallase la guerra, los dirigentes socialistas responsables de todos los países echaron, sobre las espaldas del imperialismo, la culpa de la guerra inminente, y amenazaron a la burguesía con la revolución socialista, que caería sobre su cabeza como el castigo proletario a los crímenes del militarismo. Hoy, después de la experiencia de los últimos cinco años, la historia, habiendo puesto de manifiesto los apetitos depredadores de Alemania, desenmascara los actos no menos criminales de los aliados. Los socialistas de los países de la Entente siguen a sus gobiernos respectivos para descubrir al criminal de guerra en la persona del káiser alemán derrocado. Además, los socialpatriotas alemanes que, en agosto de 1914, hacían del libro blanco de los Hohenzollern el evangelio sagrado de las naciones, acusan ahora a su vez a esta monarquía alemana vencida, de la que fueron sus fieles servidores, de ser el principal criminal de guerra. Esperan así esconder su propio papel y a la vez conseguir los buenos oficios de los conquistadores. Pero, a la luz de los acontecimientos y de las revelaciones diplomáticas, junto con el papel de las dinastías derrocadas (los Romanov, Hohenzollern y los Habsburgos) y de las camarillas capitalistas de estos países, el papel de las clases dominantes de Francia, Inglaterra, Italia y EEUU aparece en toda su criminal magnitud a la luz de los acontecimientos producidos y de las revelaciones diplomáticas.

La diplomacia inglesa no confesó sus intenciones hasta el estallido mismo de la guerra. El gobierno de la City, obviamente, temía revelar sus propósitos de entrar en guerra al lado de la Entente, por si el gobierno de Berlín se asustaba y evitaba entrar en guerra. En Londres querían la guerra. Por eso fomentaron esperanzas en Berlín y Viena de que permanecería neutral, mientras París y San Petersburgo contaban firmemente con su intervención.

Preparada por el curso de los acontecimientos a lo largo de varias décadas, la guerra estalló por la provocación británica, directa y conciente. Así, el gobierno británico calculaba proporcionar a Francia y Rusia la ayuda suficiente como para desgastar al enemigo mortal de Inglaterra, Alemania, a la vez que ellas se arruinaban. Pero el poderío del militarismo alemán resultó demasiado formidable y exigió la intervención real de Inglaterra en la guerra. El papel al que aspiraba Gran Bretaña, siguiendo su antigua tradición, recayó sobre EEUU.

El gobierno de Washington se resignó tanto más fácilmente al bloqueo inglés, que de algún modo limitaba las ganancias de la bolsa norteamericana alimentadas con la sangre europea, porque los países de la Entente recompensaron jugosamente a la burguesía norteamericana por violación del “derecho internacional”. Sin embargo, este gobierno se vio obligado, debido a la gran superioridad militar de Alemania, a abandonar su ficción de neutralidad. EEUU asumió, en relación al conjunto de Europa, el papel que había ejercido Inglaterra en todas las guerras previas, y que también intentó ejercer en la última, en relación al continente: debilitar a un bando haciéndolo luchar contra el otro, interviniendo en las operaciones militares sólo para aprovecharse de la situación. Según las reglas del juego norteamericano, la apuesta de Wilson no fue muy alta, pero fue la final y, por lo tanto, le aseguró la ganancia.

Como resultado de la guerra, las consecuencias de las contradicciones del sistema capitalista asolaron a la humanidad: hambrunas, inanición, epidemias y vandalismo moral. Así se resolvió, de una vez por todas, la controversia académica en el seno del movimiento socialista acerca de la teoría de la pauperización y de la transición gradual del capitalismo al socialismo. Los pedantes propagandistas de la teoría de que las contradicciones perdían su agudeza, durante décadas habían buscado por los cuatro rincones del globo hechos reales o míticos que atestiguaran el creciente bienestar de distintos sectores y categorías de la clase obrera. Se enterró la teoría de la pauperización masiva, entre las burlas despreciativas de los eunucos del profesorado burgués y de los mandarines del oportunismo socialista. En la actualidad este empobrecimiento, no sólo social, sino también fisiológico y biológico, se nos presenta en toda su cruda realidad. La catástrofe de la guerra imperialista barrió totalmente con todas las conquistas de las luchas sindicales y parlamentarias. Porque esta guerra fue producto de las tendencias internas del capitalismo, igual que los acuerdos económicos y compromisos parlamentarios que la guerra enterró en sangre y estiércol.

El capital financiero, que sumergió a la humanidad en el abismo de la guerra, sufrió, en el curso de esta misma guerra, un cambio catastrófico. La dependencia del papel moneda de las bases materiales de la producción, ha quedado totalmente desbaratada. Al perder progresivamente su significado de medio y regulador de la circulación mercantil capitalista, el papel moneda se transformó en un instrumento de robo, de violencia económico-militar en general.

La desvalorización del papel moneda refleja la crisis general de la circulación mercantil capitalista. Durante las décadas que precedieron a la guerra, la libre competencia, como regulador de la producción y distribución, ya había sido barrida de los principales campos de la vida económica por el sistema de trusts y monopolios; en el curso de la guerra el papel regulador y dirigente fue arrancado de las manos de estos grupos y transferido directamente a las del poder estatal militar. La distribución de materias primas, la utilización de petróleo de Bakú o Rumania, carbón de Donbas, trigo ucraniano, el destino de las locomotoras, vagones de carga y automóviles alemanes, la racionalización de la ayuda a la Europa hambrienta, todas cuestiones fundamentales de la vida económica mundial no se regulan ya mediante la libre competencia, ni por asociaciones de trusts y consorcios nacionales e internacionales, sino mediante la aplicación directa de la fuerza militar, en aras de su preservación. Si el sometimiento total del poder estatal al poder del capital financiero llevó a la humanidad a la carnicería imperialista, a través de esta carnicería el capital financiero logró militarizar totalmente, no sólo al Estado, sino a sí mismo; y ya no es capaz de cumplir sus funciones económicas básicas de otra manera que por medio de la sangre y el hierro.

Los oportunistas, que antes de la guerra mundial llamaban a los trabajadores a la moderación para efectuar la transición gradual al socialismo, y que durante la guerra, en nombre de la paz civil y la defensa nacional, exigieron docilidad a la clase, nuevamente exigen del proletariado que renuncie a sus luchas, esta vez con el propósito de superar las consecuencias terribles de la guerra. Si esta prédica prendiera en las masas trabajadoras, el desarrollo capitalista se restauraría sobre los huesos de varias generaciones, en formas nuevas, mucho más monstruosas y concentradas, con la perspectiva de otra inevitable guerra mundial. Felizmente para la humanidad, esto ya no es posible.

La estatización de la vida económica, contra la cual el capitalismo liberal tanto protestaba, ya es un hecho consumado. No hay escapatoria; es imposible volver no sólo a la libre competencia, sino también la dominación de los trusts, consorcios y demás pulpos económicos. La única cuestión planteada hoy es: ¿quién organizará la producción estatizada, el Estado imperialista o el Estado del proletariado victorioso?

En otras palabras: ¿seguirá la humanidad trabajadora esclavizada a las camarillas mundiales victoriosas que, bajo el signo de la Liga de las Naciones y con la ayuda de un ejército “internacional” y de una marina “internacional” saquearán y estrangularán algunos pueblos y arrojarán migajas a otros, mientras siempre y en todas partes encadenan al proletariado con el único objetivo de mantener su dominación? ¿O la clase obrera de Europa y de los países avanzados de otras partes del mundo tomará en sus manos las ruinas de la economía para asegurar su regeneración sobre principios socialistas?

El actual período de crisis puede terminar. Lo logrará la dictadura proletaria, que no mira al pasado, que no respeta privilegios heredados ni derechos de propiedad, que toma como punto de partida las necesidades de las masas hambrientas. Con este fin, moviliza todas las fuerzas y recursos, transforma en activos a todos los miembros de la sociedad, establece un régimen de disciplina laboral, para así, en unos pocos años, sanar las heridas abiertas infligidas por la guerra y además elevar a la humanidad a alturas nuevas y sin precedentes.

El estado nacional, que impulsó poderosamente el desarrollo capitalista, limita demasiado el desarrollo futuro de las fuerzas productivas. Esto hace aún más precaria la posición de los estados pequeños, encerrados por todas las grandes potencias de Europa y desparramados por todo el resto del mundo. Estos estados pequeños, resultado de distintas fragmentaciones de los más grandes a cambio de servicios prestados y como tapones estratégicos, conservan sus propias dinastías, camarillas dominantes, pretensiones imperialistas, intrigas diplomáticas. Antes de la guerra, su independencia fantasma descansaba, al igual que el equilibrio de Europa, sobre el antagonismo ininterrumpido entre los dos campos imperialistas. La guerra ha roto este equilibrio. Al darle, al principio, enorme preponderancia a Alemania, la guerra los obligó a buscar su salvación bajo las alas magnánimas del militarismo alemán. Aplastada Alemania, los burgueses y los socialistas patrióticos de los estados respectivos se volvieron hacia el imperialismo aliado triunfante. Buscaban garantías para continuar su existencia independiente en el programa wilsoniano. Al mismo tiempo, la cantidad de estados pequeños ha aumentado; surgieron nuevos estados de divisiones de la monarquía austrohúngara, del ex imperio zarista; ni bien terminaban de nacer ya se trababan en lucha encarnizada por cuestión de fronteras. En el ínterin, los aliados imperialistas juegan con las pequeñas potencias, viejas y nuevas, ligados por el odio mismo y la impotencia común. Mientras oprimen y violan a los pueblos pequeños y débiles, mientras los condenan al hambre y a la destrucción, los aliados imperialistas, como lo hacían ayer los del Imperio Central, no dejan de hablar de la autodeterminación, que hoy se pisotea en Europa como en el resto del mundo.

Lo único que garantizará la existencia libre de los pueblos pequeños es la revolución proletaria. Ella liberará las fuerzas productivas de todos los países de los tentáculos de los estados nacionales, unificará a los pueblos en la más estrecha colaboración económica sobre la base de un plan económico común; ofrecerá a los más débiles y pequeños la oportunidad de dirigirse libre e independientemente, sin perjudicar la economía europea y mundial unificada y centralizada.

La última guerra, en gran medida colonialista, fue, a la vez, llevada a cabo con ayuda de las colonias. Las poblaciones coloniales fueron arrastradas a la guerra europea en una escala sin precedentes. Hindúes, negros, árabes y malgaches lucharon en territorios europeos. ¿En aras de qué? De su derecho a permanecer esclavos de Inglaterra y Francia. Jamás se reveló con tanta claridad la infamia del dominio capitalista de las colonias, ni se planteó con tanta nitidez el problema de la esclavitud colonial.

A partir de entonces, hubo insurrecciones abiertas, en las colonias, hoy caldo de cultivo de un gran fermento revolucionario. En la propia Europa, Irlanda muestra, en sanguinarias batallas callejeras que todavía es y se siente un país esclavizado. En Madagascar, Anan y en otras partes, los ejércitos de la república burguesa han aplastado más de una vez los alzamientos de los esclavos coloniales durante la guerra. En la India, el movimiento revolucionario no retrocede; allí se han desarrollado las huelgas obreras más grandes de Asia, que el gobierno británico enfrentó con sus *carros blindados* en las calles de Bombay.

Así, la cuestión colonial está sobre el tapete, no sólo en los mapas del congreso diplomático de París, sino también en las propias colonias. En el mejor de los casos, el programa de Wilson tiene como objetivo, en su interpretación más favorable, cambiar la

etiqueta de la esclavitud colonial. La emancipación de las colonias es concebible sólo en conjunción con la emancipación de la clase obrera de las metrópolis. Los obreros y campesinos, no sólo de Anan, Argelia y Bengala, sino también de Persia y Armenia, sólo lograrán su independencia cuando los obreros de Inglaterra y Francia, habiendo derrocado a Lloyd George y a Clemenceau, hayan tomado el poder estatal en sus manos. Aún ahora, la lucha en las colonias más avanzadas, aunque se libre sólo bajo la bandera de la liberación nacional, adquiere inmediatamente un carácter social, definido con mayor o menor claridad. Si la Europa capitalista arrastró violentamente a los sectores más atrasados del mundo al torbellino de las relaciones capitalistas, la Europa socialista vendrá en ayuda de las colonias liberadas con su tecnología, organización e influencia ideológica para facilitar su transición a una economía socialista planificada y organizada.

¡Esclavos coloniales de África y Asia! ¡La hora de la dictadura proletaria en Europa será para vosotros la de vuestra emancipación!

Todo el mundo burgués acusa a los comunistas de destruir la libertad y la democracia política. Son mentiras. Al tomar el poder, el proletariado simplemente desnuda la total ineficacia de los métodos de la democracia burguesa, y crea las condiciones y formas de una democracia obrera nueva y mucho más elevada. Todo el curso del desarrollo capitalista, sobre todo durante su etapa imperialista final, ha socavado la democracia política, no sólo dividiendo a las naciones en dos clases irreconciliablemente hostiles, sino también condenando a numerosas capas pequeñoburguesas y proletarias, como ya lo había hecho con los sectores más bajos y desheredados del proletariado, al debilitamiento económico y a la impotencia política.

En aquellos países donde su desarrollo histórico lo permitió, la clase obrera utilizó la democracia burguesa para organizarse contra el capitalismo. Lo mismo ocurrirá en el futuro en aquellos países donde las condiciones para la revolución proletaria aún no han madurado. Pero las amplias capas medias urbanas y rurales son frenadas por el capitalismo, retrasándose en su desarrollo histórico en lapsos que equivalen a épocas enteras.

Al campesino de Baviera y Baden que todavía no ve más allá de las torres de la iglesia aldeana, al pequeño productor vitivinícola francés empujado a la bancarrota por los grandes capitalistas que adulteran el vino, al pequeño granjero norteamericano esquilado y engañado por los banqueros y diputados, el régimen de la democracia política los llama, en los papeles, a tomar la dirección del Estado. Pero, en la realidad, en todas las cuestiones básicas que determinan los destinos de los pueblos, la oligarquía financiera toma las decisiones a espaldas de la democracia parlamentaria. Así fue respecto a la guerra; así sucede ahora respecto a la paz.

La oligarquía financiera todavía trata de buscar en los votos parlamentarios, apoyo para sus actos de violencia. El Estado burgués dispone, para lograr sus objetivos, de todos los instrumentos de mentira, demagogia, provocación, calumnia, soborno y terror heredados de siglos de opresión de clase y multiplicados por los milagros de la tecnología capitalista.

Exigirle al proletariado que cumpla devotamente con las leyes de la democracia política en el combate final con el capitalismo, es como exigirle a un hombre que se enfrenta a

sus asesinos que cumpla con las reglas artificiales del boxeo francés, reglas que el enemigo le presenta pero no utiliza.

En este reino de destrucción, donde no sólo los medios de producción y transporte sino también la democracia política están contruidos sobre la roña y la sangre, el proletariado se ve obligado a crear su propio aparato, destinado, en primer lugar, a cimentar las ligazones internas de la clase obrera y asegurar la posibilidad de su intervención revolucionaria en el desarrollo futuro de la humanidad. Este aparato lo constituyen los sóviets obreros.

Los viejos partidos, las viejas organizaciones sindicales han demostrado, a través de sus dirigentes, que son incapaces, no sólo de solucionar, sino siquiera de comprender, las tareas que plantea la etapa actual. El proletariado ha creado un nuevo tipo de organización, una organización amplia que incluye a las masas trabajadoras independientemente de su oficio o del nivel de desarrollo político alcanzado; un aparato flexible que permite la renovación y extensión constantes, capaz de atraer a su órbita a nuevas capas, que abre sus puertas de par en par a los trabajadores de la ciudad y el campo ligados al proletariado. Esta organización irremplazable de la clase obrera gobernándose a sí misma, de lucha por la conquista del poder, ha sido probada ya en varios países y constituye la conquista y arma más poderosas con que cuenta el proletariado en nuestra época.

En todos los países donde las masas trabajadoras han alcanzado un alto nivel de conciencia, se están construyendo y se seguirá haciéndolo, sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Fortalecerlos, incrementar su autoridad, contraponerlos al aparato estatal de la burguesía: ésta es hoy la tarea más importante de los obreros honestos y con conciencia de clase de todos los países. Por medio de los sóviets, la clase obrera puede salvarse de la descomposición que siembran en su seno los sufrimientos infernales de la guerra, el hambre, la violencia de las clases poseedoras y la traición de sus dirigentes. La clase obrera podrá llegar al poder con mayor facilidad y seguridad en aquellos países donde los sóviets sean capaces de reunir alrededor de ellos a la mayoría de los trabajadores. Y a través de ellos el proletariado, ya conquistado el poder, ejercerá su dominio sobre todas las esferas de la vida económica y cultural del país, como ocurre actualmente en Rusia.

El Estado imperialista, desde el zarista a los más democráticos, se está hundiendo simultáneamente con el sistema militar imperialista. Los inmensos ejércitos movilizados por el imperialismo sólo podrán mantenerse en tanto que el proletariado permanezca atado al yugo de la burguesía. La ruptura de la unidad nacional significa la inevitable liquidación del ejército. Esto ocurrió primero en Rusia, luego en Alemania y Austria-Hungría. Lo mismo puede esperarse en otros países imperialistas. El campesino que se rebela contra el gran terrateniente, el obrero que se alza contra el capitalista, y ambos luchando contra la burocracia monárquica o “democrática”, provocan inevitablemente la insubordinación de los soldados y luego una profunda ruptura entre los elementos proletarios y burgueses del ejército. La guerra imperialista, que lanzó una nación contra la otra, cede paso a la guerra civil de clase contra clase.

Las lamentaciones del mundo burgués contra la guerra civil y contra el Terror Rojo representan la más monstruosa hipocresía conocida en toda la historia de las luchas políticas. No habría guerra civil si la camarilla de explotadores que llevaron a la

humanidad al borde mismo de la ruina no resistieran cada avance de las masas, si no organizaran conspiraciones y asesinatos, si no pidieran ayuda armada al exterior para mantener o restaurar sus privilegios de ladrones.

Los enemigos mortales de la clase obrera le imponen la guerra civil. Esta no puede dejar de devolver golpe por golpe sin renunciar a sí misma y a su propio futuro, que es el de toda la humanidad. Los partidos comunistas jamás provocan la guerra civil artificialmente. Más aún, tratan de abreviarla en lo posible cuando ésta se hace una necesidad ineludible; buscan reducir al mínimo el número de víctimas y, sobre todo, asegurar la victoria del proletariado. De aquí surge la necesidad de desarmar oportunamente a la burguesía, de armar a los obreros en el momento debido, de crear el ejército comunista, para defender el poder obrero y preservar su estructura socialista. Así actúa el Ejército Rojo de la Rusia Soviética, que surgió como el baluarte de las conquistas de la clase obrera contra los ataques de adentro y de afuera. El ejército soviético es inseparable del Estado soviético.

Comprendiendo el carácter internacional de sus tareas, los obreros avanzados han tratado, desde los inicios del movimiento socialista, de unificarlo a escala mundial. La Primera Internacional comenzó este trabajo en Londres en 1864. La guerra franco-prusiana, de la que surgió la Alemania de los Hohenzollern, terminó con la Primera Internacional y al mismo tiempo impulsó el desarrollo de los partidos obreros nacionales. En 1889, estos partidos se reunieron en el Congreso de París y crearon la organización de la Segunda Internacional. Pero el centro de gravedad del movimiento obrero en este período permaneció totalmente dentro del marco de los estados nacionales, estructurándose sobre las industrias de cada país, y en la actividad parlamentaria nacional. Las décadas de actividad organizativa reformista produjeron toda una generación de dirigentes, la mayoría de los que reconocían, de palabra, el programa de la revolución social, pero de hecho renunciaba al mismo, empantanándose en el reformismo, en una adaptación dócil al Estado burgués. El carácter oportunista de los partidos dirigentes de la Segunda Internacional ha quedado totalmente al descubierto, lo que llevó al colapso más grande de la historia mundial, en un momento en que la marcha de los acontecimientos históricos exigían a los partidos obreros métodos de lucha revolucionarios. La guerra de 1870 golpeó a la Primera Internacional, puso al descubierto que no había una fuerza de masas apoyando su programa socialrevolucionario. La de 1914 liquidó a la Segunda Internacional, demostró que las organizaciones más poderosas de las masas trabajadoras estaban dominadas por partidos que se habían transformado en órganos auxiliares del Estado burgués.

No nos referimos sólo a los socialpatriotas que se pasaron clara y abiertamente al campo de la burguesía, que se convirtieron en sus embajadores y hombres de confianza, y en los mejores verdugos de la clase obrera. También estamos hablando de la tendencia amorfa e inestable del “Centro Socialista”, que busca resucitar a la Segunda Internacional, revivir la estrechez, el oportunismo, la impotencia revolucionaria de sus dirigentes. El Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, la actual mayoría del Partido Socialista de Francia, el Grupo Menchevique de Rusia, el Partido Laborista Independiente de Inglaterra y otros grupos similares, tratan de ocupar el lugar que antes de la guerra les pertenecía a los viejos partidos oficiales de la Segunda Internacional. Reivindican el compromiso y el conciliacionismo; con todos los medios a su disposición, paralizan la energía del proletariado, prolongando la crisis y multiplicando

las calamidades de Europa. La lucha contra el “Centro Socialista” es premisa indispensable para lograr la victoria contra el imperialismo.

Dando la espalda a la cobardía, las mentiras y la corrupción de los partidos socialistas oficiales, nosotros los comunistas, reunidos en la Tercera Internacional, nos consideramos los continuadores directos de los heroicos intentos y martirios de una larga serie de generaciones revolucionarias, desde Babeuf hasta Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

La Primera Internacional anunció el curso futuro de los acontecimientos e indicó el camino. La Segunda reunió y organizó a millones de trabajadores. Pero la Tercera es la Internacional de la acción de masas abierta, la Internacional de la realización revolucionaria, la Internacional del hecho.

El orden burgués mundial ya ha sido suficientemente denunciado por la crítica socialista. La tarea del Partido Comunista Internacional consiste en derrocar este orden y erigir, en su lugar, el orden socialista. Llamamos a los obreros y obreras de todos los países a unirse bajo la bandera comunista, que ya es la bandera de las primeras grandes victorias proletarias en todos los países. ¡Uníos en la lucha contra la barbarie imperialista, contra la monarquía y las clases privilegiadas, contra el Estado burgués y la propiedad burguesa, contra todos los aspectos y todas las formas de la opresión de las clases o de las naciones!

Proletarios de todos los países, uníos bajo la bandera de los sóviets obreros, de la lucha revolucionaria por el poder y de la dictadura del proletariado, bajo la bandera de la Tercera Internacional.